



SS

SERVICIO
SECRETO

SILVER KANE

EL NOVATO

SILVER KANE

EL NOVATO

1ª EDICIÓN
MAYO - 1954



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

EL NOVATO

por

SILVER KANE



CAPÍTULO PRIMERO

PELÍCULA EN TRES CUADROS

Cuando Rawlins llegó al Departamento de Estado, en Washington, las manecillas de su reloj señalaban las tres cuarenta y cinco de la tarde.

Estaba enfermo.

Desde el día anterior, unas agudas punzadas en el costado derecho le impedían descansar. No había comido ni dormido en las últimas veinticuatro horas, y ahora apenas podía sostenerse en pie. Pero una llamada urgente del Departamento de Estado era una cosa solemne e importante aun para un veterano desengañado como Joe Rawlins. Y por eso se arrastraba sobre sus zapatos y exhibía ahora su cara amarilla por los corredores del Departamento, igual que un funcionario que fuese a pedir de rodillas su jubilación.

Hasta el mismo Caldwell se sintió sorprendido al verle.

—¿Es que su sueldo no le basta para comer caliente, Rawlins?

—Ha sido algo inexplicable, señor. Desde anteanoche no puedo dormir, y todo lo que me meto en la boca me sabe a papel mascado. Yo creo que es que mi mujer va a tener un hijo, señor.

Rawlins no perdía su buen humor ni aun en los peores momentos. Caldwell sonrió.

—Afortunadamente, el trabajo que he de encargarle es pacífico, rápido y nada expuesto. Consiste en un viaje a Berlín, hoteles de primera clase, visita a los lugares típicos, compra de postales... Un programa de turista que le envidiarían esos vecinos de que me habló el otro día, los Forester, que le despiertan a medianoche para decirle adiós cada vez que se marchan a Chicago.

—Aun a riesgo de que el Departamento de Estado se convierta en una cosa demasiado familiar, señor, gracias a la paz, me agrada

su programa, porque ello me ofrece la posibilidad de dar envidia a mis respetables vecinos, los Forester. Y si mi pregunta no suena mal, puesta en boca de un hombre a quien le ofrecen tan gratas perspectivas, ¿qué hay detrás de todo eso? O dicho de otro modo, ¿qué gato se encierra en esa caja?

—Su única obligación consiste en ver a un técnico electricista.

Rawlins tragó saliva.

—Bueno, no querrá usted decir que esos lince a los que el Estado paga, por cuidar de su Tesoro, se dedican ahora a ofrecer viajes de recreo a los funcionarios achacosos, como yo. ¿Qué diablos me puede enseñar a mí un técnico electricista que vive en Berlín?

Caldwell puso ambos brazos sobre la mesa. Era un hombre grueso, casi calvo, pero de piel tersa y joven. Su aspecto era animoso siempre. Se decía que permanecía quince horas en su oficina del Departamento, sin cansarse. Se decía también que tenía una mujer fea y exigente. Es posible que una cosa tuviera algo que ver con la otra, pero como suelen decir los acusados a la policía, «ante ningún jurado podría demostrarse...».

Pues bien, Caldwell parecía ahora extremadamente serio.

—Su misión es muy delicada, Rawlins, y se le exigirá la responsabilidad más estrecha. Si no entraña peligro es porque nosotros somos ingeniosos y sabemos combinar las cosas bien, pero de otro modo tendría que abrirse camino a balazos entre docenas de enemigos. Ahora todo consistirá en alquilar como turista una habitación que ya tiene reservada en un hotel que le será indicado previamente. Mientras usted esté allí, un electricista irá a reparar la instalación eléctrica de su departamento.

—¿Y ése será mi hombre?

—Sí. Él le entregará un mensaje extremadamente secreto y confidencial, un mensaje que ha costado la vida a dos de nuestros mejores agentes.

Rawlins volvió a tragar saliva. Pero ahora más lentamente que la vez anterior.

—Empiezo a comprender. ¿La misión se reduce a eso?

—Sí. Porque antes, en esa misma habitación, se habrá alojado Karl Batten, uno de los mejores hombres de que disponemos.

—¡Batten! ¡Mi querido amigo Batten! Bien, señor, no sé si será

debido a mis años o a mi precario estado de salud, pero a partir de aquí ya no entiendo de qué me habla.

Caldwell sonrió abiertamente, con cierta suficiencia.

—El plan fue ultimado hace dos días, con Calahan. Battes trae un mensaje desde Oriente. Desde el más lejano, peligroso y maloliente rincón de Manchuria. No pudo embarcar para el Japón y tuvo que venir a través de la India, Turquía, Grecia... simulando un viaje turístico como el que usted va a realizar. Agentes enemigos estaban sobre su pista, y le interesaba a toda costa conservar la apariencia de un hombre inofensivo, que no lleva encima nada más importante que su talonario de cheques. Antes de llegar a Berlín nos pidió, ayuda por medio de un cable cifrado «extremadamente confidencial». Sabía que en la capital alemana iba a correr inminente peligro de que su mensaje fuese capturado, y no podía cambiar de ruta, pues el grupo de turistas con los que viajaba, era su única protección y su única máscara. En tales condiciones, ¿qué hubiese hecho usted? Enviar un enlace a Berlín, supongo...

—Claro está. Un hombre que pudiese hacerse cargo del mensaje, entablando contacto discretamente con Battes, y traerlo a toda velocidad a Washington.

—Pues piensa usted mal, Rawlins.

Caldwell apoyó sus anchas manazas en el borde de la mesa.

—¿Mal? ¿No es ése el procedimiento que suele seguirse?

—Está... anticuado. En la actualidad hay que pensar algo mejor o emplearse como pocero municipal. Claro que esto no es una alusión directa. Usted no serviría como pocero. Al grano: Battes estaría tan vigilado que nadie podría acercarse a él. Por tanto, era preciso que Battes entregase su mensaje a algo impalpable, volátil...

Rawlins se golpeó la frente con la palma de la mano. Y se hizo daño. Debía encontrarse muy mal.

—¡Comprendo! ¡Transmitirlo de viva voz y destruirlo luego! Para algo se ha inventado la cinta magnetofónica.

—Exacto. El procedimiento no podía ser más sencillo: uno de nuestros agentes alquila una habitación determinada de un hotel, e instala en un lugar discreto un detector con cantidad suficiente de cinta virgen. Permanece en la habitación hasta el día antes de ocuparla Battes. Los dos ni siquiera se ven. Battes llega, y sin ver a nadie ni despertar sospechas, por la noche, antes de meterse en

cama, transmite el mensaje, en voz baja, frente al disimulado detector. A la mañana siguiente estropea la luz.

Los ojos de Rawlins brillaban.

—Lo comprendo todo, señor. Y me parece un plan admirable.

—Uno de nuestros hombres —continuó Caldwell— se ha empleado ya como electricista en el hotel designado y previamente elegido por sus especiales condiciones. Entra en la habitación horas después de abandonarla Battes. No la han alquilado a nadie aún, porque tiene la luz estropeada. Lleva un grueso maletín de herramientas, entre las cuales puede sacar el detector. Y luego él, de quien nadie sospecha, se lo entrega a usted, de quien nadie sospecha. ¿Qué le parece? ¿Quiere que ofrezcamos la idea a un guionista de películas?

Rawlins se humedeció con la lengua sus resecos labios.

—Repito que me parece admirable, señor. A todo agente rival, por listo que sea, se le escapará la trama de entre los dedos. Y verdaderamente, tenía razón al decirme que una cosa tan delicada puede llevarse a término sin ningún riesgo. ¿Cuándo debo partir para Berlín?

Caldwell miró su reloj.

—Dentro de tres horas. Esta noche, Battes hablará ante la cinta magnetofónica, que ya debe estar colocada ahora. Conviene que usted recoja el detector mañana. Si alguien sigue la pista de nuestro hombre, no hay que dejarle tiempo para pensar.

—Perfectamente, señor. Y a lo que veo, tampoco me deja tiempo para que piense yo. Prepararé la ropa indispensable, y dentro de dos horas y media estaré en el aeródromo de Laguardia.

—De acuerdo. Gracias, Rawlins.

Y Rawlins se levantó, despidiéndose. Ahora el dolor había cesado y le ocurría algo peor: no sentía nada de la cintura para abajo.

Karl Battes tenía treinta años. Llevaba ocho en el Servicio Exterior. Por consiguiente, había perdido las escasas virtudes pacíficas con que vino al mundo.

Hijo de unos emigrantes belgas, había vivido en los «slums», había vendido fruta sin licencia y había voceado los periódicos por las calles de Nueva York, Chicago y Filadelfia. Y aunque muchos millonarios yanquis empezaron así, él no corrió su suerte. A los

veintidós años era dueño de cincuenta dólares, una buena musculatura y una falta de respeto a la muerte que sólo podía conducirlo a la cárcel, al ejército o a los servicios secretos. Le condujo a estos últimos.

Y ahora Battes, que tenía ya treinta años, empezaba a darse cuenta de que un hombre, a esa edad, aprecia más la vida que cuando tiene veintidós. Quizá por eso no estaba satisfecho con su cargo. Hubiera deseado un puesto sedentario en Washington, y dos veces lo había solicitado así. Pero sus superiores parecían empeñados en que lo matasen en tierra extraña: «Debe de ser —pensaba— porque luego resulta emocionante soltar un largo discurso ante el cadáver, y poner el “Dead” en tinta roja sobre la ficha».

Sus órdenes, esta vez, eran sencillas: hospedarse en el «Hotel Werdthof», solo, alegando incompatibilidad con el elegido por la expedición turística. Le darían una habitación, ante cuyo armario, por la noche, debía leer el mensaje en voz baja, quemándolo luego. Nada más.

«Esta vez, las cosas están bien calculadas», pensó.

A las nueve de la noche llegó a su habitación del «Werdthof», que ya tenía reservada. Tras despojarse del abrigo, pidió comunicación telefónica con un número de la capital.

—Lidia... —dijo, una vez obtenida ésta y al oír al otro lado del cable una voz conocida.

Hablaba en inglés, y en el mismo idioma le contestaron.

—Sabía que estabas aquí. Esta noche iré a verte, Karl.

—Bien. No te des prisa.

Esto, en el lenguaje convencional de Karl, quería decir: «Toma toda clase de precauciones».

—¿A qué hora crees que podrás estar aquí?

—Dentro de cuarenta y cinco minutos.

—De acuerdo. Cuelgo.

Depositando el auricular sobre la horquilla, se volvió hacia la ventana, que estaba entreabierta.

—¡Hum! No me gusta eso.

La cerró fuertemente, asegurándola, pues daba a uno de los balcones bajos de la fachada posterior. Hecho esto, extrajo de su pitillera un cigarrillo y lo encendió con calma.

—Hoy termina todo —suspiró, con cierto aire de fatiga.

Dando una vuelta sobre sus talones, examinó con detención todos los detalles de la pieza. No sabía dónde estaba el detector, pero según las instrucciones recibidas, su voz sería recogida por éste si hablaba cerca del armario. Adelantó unos pasos y calculó la posición más adecuada. Hecho esto, colocó una silla en el punto preciso, para trabajar con más comodidad.

Llevaba el informe plegado en el forro de la funda del pasaporte, donde siempre lo tuviera a mano. No creía que a nadie se le ocurriera buscarlo allí, donde estaba casi a la vista de todo el mundo. Se sentó en la silla y empezó a leer con voz baja y lenta, tras asegurarse de que la puerta quedaba bien cerrada. Sujetaba con la mano izquierda el informe, teniendo en la derecha el encendedor de plata para quemarlo apenas lo hubiese leído.

Con aquel acto terminaba una de las misiones más delicadas en la historia del espionaje, y por el papel que Battes tenía entre las manos, docenas de agentes del servicio secreto de información hubiesen dado la vida. El equilibrio de la actual política mundial no se basa sino en el conocimiento que una nación tiene de los recursos, la potencialidad y las intenciones de la otra. Y el documento que Battes leía, era un detallado informe acerca de las instalaciones industriales en Manchuria, de la política china con relación a la

U. R. S. S.,

y de las órdenes secretas que habían sido dadas a los que en Corea iban a celebrar la Conferencia de la Paz.

Una verdadera obra maestra que valía muchos ceros en cualquier moneda. Y que valía también la sangre de un hombre en cualquier país.

Mientras hablaba, una sensación de paz se iba adueñando del espíritu de Karl Battes. Allí terminaba una etapa de su vida, y a partir de aquel momento todo sería distinto. No se le ocurrió pensar que demasiado distinto.

Llevaba diez minutos hablando, cuando golpearon con los nudillos en la puerta, muy suavemente.

—Sólo puede ser Lidia, y es extraño. Tan pronto...

Se levantó, ocultando el informe en el bolsillo, y entreabrió la puerta. Unos ojos de mujer le miraron intensamente.

—Pasa, Lidia —dijo en voz baja—. No te esperaba tan temprano...

La muchacha lo hizo, y Karl cerró con llave la puerta. Sus ojos duros, de hombre experto acostumbrado a toda clase de emociones violentas, recorrieron con la máxima falta de respeto lo que podía verse del cuerpo de Lidia. Ella estaba de espaldas y no lo notó.

Pero Karl tampoco notó lo que había en los ojos de la visitante, lo qué hacían sus manos. Sólo notó la presencia obsesionante de la mujer que le robaba los sentidos.

Por eso tuvo una sorpresa cuando la vio volverse bruscamente, mirándole con sus ojos azules que ahora tenían un brillo metálico. Por eso sus facciones se crisparon cuando en las manos de Lidia vio una pistola que le estaba apuntando.

Bruce Sheridan quería dormir.

Había pasado seis inacabables meses recorriendo el litoral este, desde Nueva York a Charleston, en persecución de una peligrosa banda de contrabandistas de drogas que parecía dedicada a actividades de enlace entre espías extranjeros. A la hora de la verdad, resultó estar compuesta por un matrimonio, cuyo elemento masculino había quedado sin trabajo, y que distribuía en el país pequeñísimas cantidades de opio, en colaboración con un chino viejo y derrotado, que era el mayor consumidor de su propia mercancía. Por eso, el negocio no iba nada bien. Y los «espías extranjeros» resultaron ser unos jovencitos inexpertos y asustadizos, que adquirirían el opio a los contrabandistas porque fumarlo de vez en cuando «creaba un ambiente exótico en torno a sus amistades femeninas».

Por eso ahora, Bruce Sheridan sólo quería dormir.

Y por si le daban otro trabajo como aquél, Bruce Sheridan estaba dispuesto a instalar lámparas de gas en su habitación, en lugar de las eléctricas.

Despojándose de la corbata y la camisa, se tendió en el diván a descansar. A causa de su alta estatura, siempre sobresalían sus pies por encima del respaldo, lo que le impedía sentirse cómodo. Bien es verdad que aquel diván estaba comprado a plazos y no había podido elegir mucho. Su cabeza de negros cabellos, con algún mechón rubio que le daba un aspecto sorprendente, reposaba ahora sobre las palmas entrelazadas de sus manos. Su rostro, de facciones

correctas y enérgicas, tenía una expresión de fatiga, y pesadumbre, que contribuía a envejecerlo. Cerró los ojos y quiso aislarse de todo. Pero, aunque tenía sueño, no consiguió dormir.

No le gustaba que en su país hubiera gente traficando con opio por culpa de un ambiente corrupto y de un despido en mal momento. Y no le gustaba tener que ser él el encargado de perseguirla.

«Menos mal —pensó— que no había nada de espionaje en aquel enredo, y pude traspasarlo todo a la Brigada de Estupefacientes. Allá ellos con sus reglamentos y sus conciencias».

Sobre la mesa cercana, en su modesta pero cómoda habitación de soltero, había una fotografía enmarcada en piel roja. Un marco rojo para un hombre vestido de azul. El sargento Sheridan sonreía desde allí a su hijo todas las mañanas, ayudándole a cumplir el deber. Y le consolaba con su presencia todas las noches, cuando éste había sido demasiado duro. El sargento Sheridan fue en vida un ciego cumplidor de su deber, un hombre recto que acabó con apliques de plomo entre sus costillas, y al que su hijo tuvo que ver desnudo una noche, en una sala de la Morgue neoyorquina, mientras le extraían las cuatro balas que tenía bajo la piel.

Cualquiera hubiese seguido el camino de su padre. Cualquiera hubiese sido, policía y hubiese grabado balas con el nombre de los asesinos. Pero Bruce Sheridan no pudo. Al contrario. Todo lo contrario. Por entonces estaba considerado aún como un joven delincuente.

Con los ojos cerrados, hizo un esfuerzo desesperado por dormir.

Imposible. A su memoria venía la persecución de los días pasados, sus seis meses transcurridos entre los tugurios de la costa atlántica. Conocía aquel ambiente bien, demasiado bien. En cualquier lugar poco recomendable donde se introdujese, él «era del oficio». Y sus superiores lo sabían, y le enviaban como un perro de caza a perseguir a las liebres.

Abriendo al fin los ojos, miró el retrato de su padre. Habían sido muy distintos. No todos los policías tienen por hijo un delincuente como Bruce Sheridan. Un delincuente empedernido e ineducable, aunque ninguna de ambas cosas se hubiese podido demostrar.

Con los ojos abiertos, recordó a Johnny Bolden.

Juntos habían emprendido, a los quince años, el camino del

delito. Juntos habían robado neumáticos en Queens para venderlos en Harlem. Habían robado relojes en Harlem para ofrecerlos a los paseantes de Queens. Juntos habían intentado aquel robo a los Almacenes Benthams.

Bruce se ruborizaba al recordar todo esto. Y luego sentía pena. Pena porque ni él ni Johnny fueron enteramente responsables, a esa edad, de lo que les había sido enseñado en los tugurios del Bronx, donde nacieron. Pena por su padre, que, guardia del tráfico entonces, estallaba de vergüenza y de indignación al conocer las correrías de su hijo. Y pena por Johnny. Sobre todo, por él.

El robo a los «Almacenes Benthams» significó el fin de su pequeña «carrera». Apresado Johnny mientras Bruce montaba guardia, dio a este oportunidad de escapar. Se declaró único culpable, confesando que había iniciado el robo completamente solo. No quiso aceptar la oferta de Bruce de declarar en su favor. Así no se salvaba nadie y se comprometían los dos, le dijo. Y tenía razón. No quiso argumentar en su favor nada que le disculpase, ni siquiera que el motivo de haber robado en un almacén de muñecas estaba en relación con su hermana enferma, de sólo cuatro años. Y Johnny fue al correccional mientras Bruce quedaba libre. Johnny murió de una pulmonía contraída en las duchas de castigo, mientras Bruce veía ensancharse su pecho y crecer la musculatura de sus brazos.

El cambio del joven de los cabellos semirrubios empezaba aquí.

El que asistió como una sombra al entierro de Johnny, ya no era un delincuente. El que lloró ante su tumba como un niño, era muy distinto del cínico aprendiz de hombre que robaba relojes a los negrazos de Harlem. Por primera vez, Bruce sintió benignamente posada en su espalda la dura mano de su padre. Por primera vez, ambos se miraron a los ojos, y fue gracias al cadáver de Johnny.

Severa reforma moral, escuela de policía más tarde. Uno, dos, tres, cuatro. Uno, dos, tres, cuatro. «No es usted disciplinado, no tiene porvenir». Luego, las enseñanzas teóricas en la escuela especial: «Un hombre al que se golpea en la cabeza, a la altura de la meninge media, puede estar condenado a una muerte irremediable, y sin embargo, andar todavía cuatro horas normalmente... Puede estar condenado a una muerte irremediable, y sin embargo, andar todavía cuatro horas...».

Ejercicios gimnásticos de invierno, sobre la nieve.

«¿Que por qué necesita todo esto para, ser guardia del tráfico? No haga preguntas estúpidas, hombre. A este paso, acabaremos expulsándolo del Cuerpo».

«Día del uniforme». Revista. «¿No le enseñó su madre que los ojales y los botones tienen, casualmente, cierta relación entre sí?». «Es cierto, señor. Nunca lo hubiera imaginado».

Luego, dos años en una esquina de Manhattan, dirigiendo el tráfico de los coches cuyos neumáticos había robado tiempo antes. Y, con su primer sueldo, una magnífica, una soberbia muñeca, la mejor de los «Almacenes Benthams». Lidia Bolden tenía ya ocho años, pero aun llevaba detalles de luto en sus vestidos y aun lloraba al ver a Bruce. Y aun fue lo bastante niña para emocionarse al ver aquella muñeca.

Bruce Sheridan sonrió ahora, y aquella sonrisa dio una expresión de dulzura inesperada a su rostro fatigado y duro. Aquella muñeca todavía debía figurar en algún departamento semisecreto del armario de Lidia. Lidia, lo único que Johnny Bolden había dejado en el mundo, y la única mujer por la que Bruce Sheridan se dejaría matar si con ello hubiera de favorecerla.

Mirando el retrato de su padre, el severo sargento Sheridan, reconoció que él no había sido nunca un buen policía. Reconoció que, cuando le retiraron de su puesto en el tráfico para destinarlo a la Brigada de Homicidios, había experimentado en su conciencia una sensación de derrumbamiento moral, de desastre. No en todos los homicidios se ocultaba la figura de un criminal implacable y cruel; tras la mayor parte de ellos se movían gentes inconscientes o aturcidas, cuando no cómplices que sólo inspiraban pena. Muchos de los comparsas en aquellos hechos sangrientos eran muchachos como él lo fue no mucho tiempo antes. Y cada vez que su mano de hierro se cerraba como un garfio sobre la nuca de algún joven fugitivo, temía, al volver éste el rostro, hallarse ante las facciones de Johnny Bolden.

No podía continuar así. Él no servía para perseguir y entregar a jurados impenetrables a gentes a las que hubiese querido convencer con el ejemplo de su propia vida. Pero su labor terminaba, decían los reglamentos, cuando empezaba a intervenir el fiscal. Y el fiscal empezaba a intervenir muy pronto.

Por eso, Bruce Sheridan estaba ahora en el servicio secreto de información. Por eso había hecho todo lo posible para dedicar sus energías, que sabía eran muchas, a la única guerra donde no era posible sentir compasión, dar cuartel ni pedirlo. La única guerra llevada a cabo por hombres científicos e implacables, para los que nada significaban las vidas humanas ni el grosor de la capa de mugre que tuviesen sus conciencias.

Y ahora Bruce Sheridan estaba cansado, quería olvidarse de todo, y dormir.

Le hizo incorporarse el timbre del teléfono, qué empezó a sonar en la mesita cercana, junto al retrato de su padre.

—Calahan al habla —le dijo una voz seca, apenas hubo establecido la comunicación.

—Bruce Sheridan a sus órdenes, señor.

—Atención. Voy a hablarle en esperanto lo más rápidamente posible. Trate de captar bien mis órdenes. La urgencia del caso me impide llamarle a mi despacho y seguir con usted el trámite ordinario. Debe ir a Berlín inmediatamente.

—¿Es un servicio nuevo, señor?

Sheridan contestaba también en esperanto.

—Rawlins lo inició. Pero no pudo salir en la fecha prevista. Ha muerto... envenenado...

La impresión recibida por Sheridan fue tan intensa que olvidó la rutinaria precaución del cambio de idioma, impuesta por su jefe en las conversaciones telefónicas, aun en líneas reservadas, y la exclamación partió de sus labios en inglés.

—¡Imposible!

—No puedo hacer comentarios ahora, Sheridan... Vaya a Berlín inmediatamente. Tiene plaza, reservada en el primer avión, y documentos a su nombre. Por el camino podrá enterarse de cuál es su personalidad. Debe hospedarse en el «Hotel Werdthof» y entablar contacto con un técnico electricista, que se presentará a usted con el nombre de Hans Fadal. Junto con el pasaporte, recibirá instrucciones escritas, que debe destruir apenas leídas.

Sheridan no quiso hacer más preguntas.

—De acuerdo, señor. Comprendido todo, señor... ¿Quién es el representante del servicio de información en Berlín, por si necesito ayuda?

La respuesta de Calahan fue también breve y seca:
—Lidia Bolden.

CAPÍTULO II

LA MARAÑA

A pesar de las comodidades del «Constellation» y de la botella y media de ginebra que Bruce Sheridan ingirió durante el viaje, el trayecto se le hizo largo e incómodo al enviado especial que ocupaba, el lugar de un muerto.

No hubo dificultades para la partida. Sheridan tenía documentos a nombre de Luis Mendoza, comerciante panameño, y moneda de tres países, aunque no debía descender del avión en las escalas. La «usherette», una rubia con una piel de esas que no sirven para los abrigo y que no se quedan mirando las esposas, sino los maridos, le dijo al indicarle su asiento:

—Todo en regla, señor. Tiene usted reservada su plaza desde anoche.

Bruce estaba mareado, y no prestó la menor atención a sus palabras. Por otra parte, hasta un antiguo guardia del tráfico comprende que cuando se tiene cerca una mujer así y uno no puede decirle ni siquiera su verdadero nombre, lo mejor es marearse y no pensar en nada.

Hicieron escalas en Croydon y Orly, y desde allí volaron directamente al aeródromo de Tempelhof. Durante el largo viaje, Sheridan tuvo tiempo para estudiar detalladamente todos los extremos de su misión, para acostumbrarse a su nueva personalidad y para pensar que, si alguna vez se retiraba, montaría una agencia de colocación de azafatas para las compañías aéreas. Luego, ya en la última etapa, se durmió.

Al planear el avión sobre Berlín, le acometió un extraño nerviosismo. Allí estaba Lidia, a la que no había visto en los últimos cuatro años. Ni siquiera había sabido que pertenecía, como él, al

servicio de información. Lidia, a la que se había acostumbrado a recordar con una muñeca entre sus brazos y un lacito negro en sus cabellos...

—Los cinturones, por favor.

Planeaban sobre el aeródromo. Lidia estaba en algún lugar de la atormentada ciudad, y era posible que pudieran verse. Su dirección figuraba entre las instrucciones recibidas. Aun cuando su misión resultase sencilla, lo intentaría, al menos para tener de la muchacha una imagen más reciente. Pues cuatro años antes, era todavía una muchacha de diecinueve que miraba candorosamente, y que se estremecía ante la simple visión de un arma de fuego.

El trámite de la Aduana fue corto y, tras ser revisados sus documentos por la policía interaliada, pudo dirigirse sin nuevos impedimentos al «Hotel Werdhof».

Allí se cercioró de que también tenía reservada una habitación a su nombre.

—Le habíamos reservado la contigua, señor, pero en ella fue asesinado ayer un cliente. No tome a descortesía el que se lo advierta. La policía todavía está allí.

Sheridan cambió de color.

—¿Han detenido a alguien?

—No creo, señor. Estas cosas no solían ocurrir antes en Berlín. Ahora los hoteles nunca saben a quién hospedan.

—Por mi parte procuraré evitarles molestias, haciendo lo posible para no ser asesinado. Muchas gracias por sus informes. Mañana desayunaré en mi habitación.

Y Sheridan entró en el ascensor como un fantasma.

El corredor estaba guardado por un robusto agente de la policía occidental, y más allá, frente a la puerta de la que había sido habitación de Battes, se hallaba un gigante rubio con las piernas entreabiertas. Ninguno de ellos se volvió al verle pasar.

Una vez solo, Bruce resolvió no perder tiempo. Con precisión de veterano se dedicó a buscar en la instalación eléctrica el punto más favorable para provocar una avería. No tardó en encontrarlo, junto al conmutador. Los cordones eran viejos y estaban desgastados, de modo que, sólo manipulando con la uña, podían ponerse los cobres al descubierto. Sheridan lo hizo, y provocó un contacto.

Después del chispazo se dirigió hacia el teléfono interior.

—Se han fundido las luces de mi habitación. Supongo que también las de todo el piso, porque se ha producido un contacto. ¿Quieren enviar a alguien para que yo no tenga que gastar mi caja entera de fósforos esta noche?

—Al momento, señor. Nuestro técnico subirá inmediatamente.

Sheridan se despojó de la americana, estirándose en el lecho. La obscuridad le transmitía una sensación confortable y plácida. No tardó en cerrar los ojos ni en respirar acompasadamente, aunque todos sus sentidos estaban alerta.

Por el pasillo se oían voces y pisadas rápidas. Los policías debían haber extremado la vigilancia e interrogaban, seguramente, a todo el que pasaba por allí.

Habían transcurrido casi veinte minutos, y Sheridan empezaba a impacientarse, cuando llamaron a la puerta. El toque de nudillos fue suave y discreto, denotando extraña delicadeza.

Bruce Sheridan abrió para toparse con una mujer. La distinguió a la luz de un farol de pilas que los agentes habían instalado en el corredor: era rubia, y vestía de un modo casi masculino.

—Me envía la dirección del Hotel para reparar la avería —dijo con voz suave—. Me llamo «Hans Fadal».

Bruce Sheridan tuvo que mirarla dos veces.

A la luz de la linterna con que se había puesto a trabajar, sus formas resallaban armoniosas a pesar de las ropas casi masculinas. Debía tener veinticuatro años y era una belleza rubia capaz de parar el tráfico en una calle, con mucha más celeridad que el silbato de un policía. Sheridan iba de sorpresa en sorpresa. Resolvió ser cauto.

—Es extraño que usted trabaje en esto —comentó, una vez hubieron cerrado la puerta.

—Se confunde, señor, En Berlín no es nada excepcional. Desde los días de la guerra, son muchas las mujeres que desempeñan oficios masculinos.

—Sí, ya comprendo. En mi país, sin necesidad de guerra, son muchos los hombres que desempeñan perfectamente oficios femeninos del hogar, según la mujer que les haya correspondido en suerte. Pero quiero decir que los empresarios de teatro y cine de Berlín tienen muy poca pupila si no le han ofrecido aún un papel de estrella.

La muchacha sonrió.

—Dígame su verdadero nombre —instó Sheridan, acercándose.

—Para usted, Hans Fadal.

—Bien. Tendré que resignarme...

La muchacha hablaba el alemán perfectamente, y Sheridan con discreción. Su idioma fuerte, aparte el nativo, era el español; por eso le habían asignado nacionalidad panameña.

—Hábleme de Battes —exigió, pero no obtuvo respuesta.

La linterna de Hans dio varias vueltas por la habitación, y se posó al fin junto al conmutador, en el lugar de la avería.

—Un trabajo limpio y sencillo —comentó.

Abriendo su caja de herramientas, extrajo un rollo de cordón nuevo. Luego, con él en las manos, se volvió hacia Sheridan.

—He estado antes en la habitación de Karl Battes —dijo, con la misma voz suave, que producía una extraña sensación si uno se fijaba en sus vestidos y en las herramientas que manejaba—. Anoche retiraron el cadáver de allí.

—¿Y... su equipaje?

—También. La policía se lo ha llevado todo, absolutamente todo. Bruce Sheridan, sin poderse dominar, la sujetó por los hombros.

—Usted tenía que encontrar algo en esa habitación. ¿Quiere decir que se lo han llevado también?

La muchacha asintió.

—Al descubrirse el cadáver, lo registraron todo con la máxima escrupulosidad. Los aparatos que yo había instalado estaban muy bien ocultos tras el radiador de la calefacción, pero dieron con ellos. Afortunadamente, han perdido casi un día interrogando al personal del hotel, para lo cual necesitaban mostrárselos. Y esta misma noche se los llevarán.

—¿A dónde?

La muchacha se encogió de hombros. Esto obligó a Sheridan a soltarla, dándose cuenta de que su postura no era natural.

—No lo sé. A alguno de sus laboratorios, supongo. Y supongo también que su misión consiste, precisamente, en impedir que lleguen allí.

Sheridan tragó saliva. Se daba cuenta vagamente de que algo no iba bien en todo aquello, de que algo se le escapaba de entre las manos sin que pudiera apresarlos. Primero, Rawlins asesinado en Washington; casi al mismo tiempo, Battes en Berlín, y ahora... Pero

no podía perder tiempo en reflexiones. Inquirió:

—El «paquete» ¿está ahora en la habitación contigua?

—Sí. No se lo llevarán hasta que repare la avería. Y yo no la repararé mientras usted tenga trabajo.

—¿Cuántos agentes hay en esa habitación?

—Uno, y dos más en el pasillo.

Sheridan no llevaba pistola, pues durante el viaje habría resultado peligroso a causa de los agentes de Aduanas. Preguntó a la muchacha si iba armada.

—Naturalmente. Aquí tiene una de mis herramientas.

Y le tendió una «German Luger» capaz de enfriar el estómago a un gorila.

—La guerra ha vuelto muy delicadas a las mujeres alemanas...

—No soy alemana. Soy checa. Me deportaron los soldados de Hitler para trabajar en las fábricas, y desde entonces estoy aquí.

Sheridan miró a la muchacha con una mirada distinta, menos profesional, más humana y simpática. Debía haber sufrido mucho, y debía también poseer un carácter admirable. Pensó que le hubiera gustado conocerla mejor.

—Espero tener ocasión de verla nuevamente, Hans...

—No se preocupe por eso. Intente salir vivo, y regrese cuanto antes a su país. Si allí llegan periódicos alemanes, lea cada día las crónicas judiciales.

—Esas bromas suenan mal en boca de una muchacha como usted, pero seguiré su consejo. Ahora voy a intentar entrar en esa habitación sin que se den cuenta. Usted se encargará de que no haya luz mientras trabajo.

—De acuerdo.

Se estrecharon las manos. Y a pesar de su expresión cordial y animosa, Bruce Sheridan no logró que la muchacha sonriera.

—Entraré por la ventana. Creo que será lo mejor.

Abriendo silenciosamente la de su departamento, Bruce examinó el exterior. Su habitación estaba a poca altura, en un primer piso, y a unas tres yardas se hallaba el balconcillo correspondiente a la de Battes, un poco más lujosa que la suya. Bajo sus pies se extendía la techumbre de uralita de un garaje. Más allá se veía la calle paralela a la del hotel, resplandeciente de luces eléctricas. Bruce se felicitó de que aquello correspondiera a la parte posterior del edificio.

Un ágil salto, verificado en el más absoluto silencio, le sirvió para pasar al balconcillo de la habitación contigua.

Miró a través de los cristales.

No había ninguna luz en la habitación; solo, a través de la puerta entreabierta, penetraba la tenue claridad de la lámpara de pilas del pasillo. Con los ojos doloridos a causa del esfuerzo, Bruce Sheridan trató de distinguir algo en las tinieblas de la pieza. No podía arriesgarse a entrar mientras no supiese dónde estaba colocado el policía del interior. Al fin, y analizando todos y cada uno de los contornos que le eran visibles, pudo distinguir la cabeza de un hombre sobre el respaldo de una de las butacas. Su posición le era desfavorable, y tuvo que esperar a que la variase. Pero durante casi cinco minutos, el agente no se movió. Bruce Sheridan temblaba de impaciencia tras los cristales, con un misterio frente a él y otro a sus espaldas.

Durante aquellos minutos, su cerebro funcionó con una inusitada lucidez. A pesar de las escasas explicaciones que le habían dado, tuvo la impresión de que, en principio, la misión encomendada a Battes y a Rawlins había sido relativamente sencilla. No obstante, ahora estaba llena de tinieblas y de misterios insondables. Bruce tenía la clara sensación de hallarse en el centro de una maraña gigantesca y tenebrosa, en la que su escasa experiencia no llegaba a penetrar. Pero le cabía la seguridad de que su Departamento no le había abandonado. Detrás tenía a Hans y en su mano la «Luger». Maquinalmente, sin mirarla, comprobó que el cargador estaba completo y que había una bala en la recámara. Ésta saltó al montar la pistola. Sheridan la cazó al vuelo, introduciéndola en su bolsillo.

El agente, dentro de su habitación, se levantó, dirigiéndose hacia la puerta. «Éste es mi momento», pensó Sheridan.

Había comprobado ya que las puertas del balcón no estaban cerradas, cosa frecuente en una habitación que ha contenido durante varias horas un cadáver. Suavemente las empujó, sin quitar ojo del policía de la entrada, vuelto de espaldas a él. Volvió a cerrarlas, y en aquel momento el policía dio media vuelta. No tuvo tiempo de ver movimiento alguno, porque Sheridan se arrojó al suelo con una agilidad y un silencio dignos de un gato. Arrastrándose, llegó hasta el respaldo de la butaca, donde había

vuelto a sentarse el agente.

Allí permaneció, completamente quieto, tres o cuatro minutos más.

Estaba tan cerca del agente que oía su poderosa respiración y podía tocar, por debajo de la butaca, sus botas de reglamento. «Mientras no entre nadie más, todo va bien», opinó Bruce. Con suaves giros de su cabeza, fue acostumbrándose a todos los contornos de la pieza.

En el suelo, a unos pasos de él, había un maletín. Un maletín pequeño, como el estuche de una máquina de escribir portátil del más reducido tamaño. El mensaje que había costado la vida a Karl Battes estaba allí.

Con sus movimientos cautelosos, felinos, Bruce Sheridan comenzó a arrastrarse. En la habitación había gruesas alfombras, y eso facilitaba su labor. Calculó que le bastarían tres movimientos para llegar junto al maletín.

«Y si logro apoderarme de él, y salir como he entrado, lo cual no es imposible, habré terminado mi trabajo —se dijo—. Al fin, no habrá resultado una cosa tan arriesgada ni difícil como parecía...».

Logró colocar su mano sobre el asa del maletín, sin «levantar la caza» ni producir el menor ruido. Pero entonces ocurrió algo que de ningún modo esperaba.

Se encendieron todas las luces, y una repentina claridad iluminó la habitación, haciéndole dar un salto. Estaba descubierto.

No se le ocultó a Bruce lo terrible de su situación. Aparte el fracaso de su misión, ser sorprendido robando en la habitación donde acaba de cometerse un crimen, no podía conducir a ningún sitio agradable. Por eso, cuando vio levantarse al agente y avanzar hacia él a aquel gigante rubio con la mano ya en la funda pistolera, su expresión mostraba la enérgica desesperación de sus primeros pasos en la vida del delito. Por eso decidió actuar rápidamente y sin cuartel, disparando contra los dedos del agente antes de que éste pudiera desenfundar su revólver. Sólo rozarle los dedos y saltar hacia el balcón con el maletín. Si lograra llegar hasta el techo del garaje...

Pero, a pesar de que había comprobado la «Luger», ninguna bala salió del cañón de ésta cuando apretó el gatillo. Oyó el chasquido del percutor, y nada más. El cartucho no había estallado. Con las

facciones lívidas apretó una, dos, tres veces, mientras el agente desenfundaba su arma.

Ninguna bala salió de su pistola, que tenía en aquel momento el mismo valor que un juguete para niños.

Y entonces fue el agente el que hizo fuego.



El agente hizo fuego...

CAPÍTULO III

TURISTA PELIGROSO

—Creo que hemos llevado las cosas demasiado lejos, amigo Calahan —dijo Caldwell, mientras extraía un cigarro de una caja que aún tenía que pagar—. Y yo quisiera preguntarle esto: ¿no hubiéramos hecho mejor ordenando a Battes que entregara el mensaje en nuestra Comandancia de Berlín? ¿Tan difícil hubiese sido esto?

Calahan se encogió de hombros, mientras tomaba a su vez uno de los cigarros. Era un hombre de cuarenta años, alto, corpulento. Caldwell observó su gesto con el mismo rostro que si le hubiesen puesto una mano en la cartera.

—Son cigarros a prueba —comentó suspirando—. Hice mal en quedármelos. Te los pasan por las narices y te dicen que cobrarán sólo la mitad del precio si no te gustan. Pero el caso es que me gustan, y tendré que pagar un montón de dólares. Y ahora contésteme: ¿no lo habremos planeado todo mal desde el principio?

—Tenga la seguridad de que no. Battes estaba vigilado. Venían tras él, y es posible que no le hubiesen dejado llegar hasta la Comandancia. Lo más seguro era no moverlo de su habitación del hotel, no obligarle a ver a nadie, a hablar con nadie... En fin, usted mismo fue quien me expuso esta idea hace días.

—Cierto. Y debo reconocer que me pareció excelente. Claro que yo no soy más que un humilde funcionario en la escala del Departamento, y que hay numerosos cráneos por encima del mío, pero también puedo tener ideas. Se me encomendó esa operación, y yo creí que había dado con la mejor manera de realizarla. Además, de ese modo evitábamos herir las susceptibilidades de nuestros delicados vecinos, los rusos. Tan buena me pareció la ocurrencia

que se la expuse a usted...

—Y yo la aplaudí sin reservas. Hicieron mal, sin embargo, concediéndole un solo agente de su sección para llevar la operación a buen término. Se quedó usted sin personal muy pronto. Yo aún no he comprendido lo de ese pobre Rawlins. Estaría metido en algún lío...

Calaban encendió su cigarro. Tiraba bien, como todos los cigarros que no se pagan.

—Yo tampoco lo comprendo —dijo Caldwell—. Naturalmente, nuestros honorables amigos del

F. B. I.,

están trabajando intensamente, pero hasta ahora no hay nada en claro. Rawlins presentaba partículas de veneno mezcladas con su última comida. Y usted mismo ha reconocido espontáneamente que la tomaron juntos en el club del Departamento, y que nadie se acercó a él. ¿Cómo, pues, pudieron asesinarle?

—Si yo lo supiera, el

F. B. I.,

habría terminado su trabajo, Caldwell. Lo lógico, como el mismo análisis declara, es que el veneno hubiere sido ingerido por Rawlins poco antes de la comida. Y quizá... voluntariamente.

Caldwell dio un respingo.

—¿Supone que Rawlins pudo acoger la idea del suicidio? ¿Por qué?

—No, yo no sugiero nada, ni supongo nada. Rawlins, como todos los hombres, tenía sus pequeños misterios y sus limpios o sucios secretos. Cualquiera cosa puede suceder en nuestro oficio, y no es hora de que comencemos a desarrollar nuestra capacidad para el asombro.

En aquel momento llamaron discretamente a la puerta del despacho, y un ordenanza entró con dos de los periódicos de la tarde.

—Los dos tienen los mismos titulares —gruñó Calahan, abriéndolos.

En efecto, ambos rotativos trataban del mismo tema en su primera página: la sensacional purga que la comisión de Actividades Antiamericanas estaba realizando en el mismo seno del Gobierno.

—Usted no tiene seguro su puesto, Caldwell —apuntó Calahan—. Hará bien no comprometiéndose al pago de nuevas cajas de cigarros.

Y estrujó el periódico, arrojándolo sobre la mesa.

—No podemos permitirnos comentarios sobre esto. No somos más que dos modestos jefes de grupo —reconoció humildemente Caldwell—, y nuestra obligación es cumplir simplemente con el cometido impuesto. A propósito de ello, y como responsable principal de la operación, debo sugerirle que hablemos de Bruce Sheridan. ¿Por qué escogió un novato inexperto para un trabajo de tanta responsabilidad? Bruce no había hecho hasta ahora más que perseguir ratones por la costa del Atlántico.

—Cierto, pero era el único hombre disponible en aquel momento. Los demás tenían trabajo entre manos o acababan de dar fin a misiones muy penosas. Él estaba relativamente descansado: no había hecho más que detener a unos contrabandistas de drogas. Por eso le designé.

—Y hasta ahora no ha tenido noticias de él, ¿cierto? Debía haber comunicado su llegada a Berlín.

—Cierto —musitó tristemente Calahan—. Y debo reconocer que no me gusta nada el asunto en que anda metido. Si mañana no tengo noticias de él, haré intervenir a Lidia Bolden. Aunque puede que lo encuentre muerto ya. Y si eso sucediera... yo mismo iría a Berlín. Yo afrontaría el riesgo...

El agente Wilhelm Doss tenía buena puntería. Mataba cuando quería matar, hería cuando quería herir...

Asustaba cuando quería asustar.

Y en aquel caso, su bala tuvo por objeto petrificar a Bruce Sheridan. No perforarle el estómago ni los pulmones, con lo cual sólo conseguiría, que no pudiese hablar. No crear una corriente de aire entre la parte anterior y posterior de su cerebro, como hubiese sido lo más fácil. Sólo convertirle los nervios en espinas de pescado durante diez o doce segundos. Los suficientes para que entrasen sus compañeros y acogotasen al intruso. Él debía saber quién y por qué habían asesinado al huésped de aquella habitación.

De modo que la bala dirigida a un hombre cuya declaración era tan preciosa, no podía ser la definitiva. Sólo le perforó la manga, junto a la hombrera. Y por unos segundos, en efecto, los nervios de

Bruce Sheridan parecieron espinas de pescado dentro de su cuerpo. Pero menos segundos de los que había calculado Wilhelm Doss. Menos de los necesarios para que entrasen los agentes del pasillo. Menos de los que Wilhelm necesitaba para disparar otra vez.

Bruce Sheridan se movió como un rayo en el último segundo.

Se echó hacia adelante, hacia un lado, en el momento que Wilhelm disparaba nuevamente. Su movimiento fue dirigido contra un imaginario agente que estuviera a la izquierda del verdadero; y aquella maniobra de borracho desorientó al tirador. Pero si el cuerpo de Bruce Sheridan había seguido una trayectoria aparentemente falsa, sus brazos libres estaban a muy poca distancia del cuerpo del agente. Con ambas manos le sujetó el brazo armado, y lo arrastró en su caída. Su mano izquierda se aferró a la pistola, en un falso intento por disputársela al agente; con la derecha, cuando este menos lo esperaba, le propinó un terrible golpe de canto a la parte anterior del cuello. El gemido de Wilhelm fue angustioso.

Levantándose de un salto, Bruce remató su labor propinando la espectacular patada a la barbilla del caído. Con aquello dejaría al agente inutilizado por lo menos durante treinta segundos.

Se agachó para recoger la pistola del policía cuando alguien aparecía en la puerta. Hizo fuego por encima de la silueta, sin mirar quién era, sólo para intimidar. La puerta quedó vacía.

Bruce Sheridan sabía que al menos dos agentes, en el corredor del hotel, le cortaban la salida por aquel lado. Sólo le quedaba el recurso de saltar e intentar ganar el techo del garaje. Con las facciones tensas, todos los músculos prontos a la acción, Bruce Sheridan retrocedió dos pasos. Su espalda tocó los cristales de la puerta que daba al balcón. Abriéndola, dio un salto sobre la barandilla. En el momento de hacerlo, un agente apareció claramente enmarcado en la puerta. Bruce disparó también alto, para obligarle a esconderse, mientras el alemán tiraba a matar. Pero al no saber dónde encontraría a su enemigo, su disparo fue nervioso y falló por más de una yarda. Sheridan, sin mirar abajo se dejó caer.

El techo de uralita del garaje vibró al recibir su impacto. Bruce cayó plano, y la brutal sacudida se transmitió a todos los huesos de su tórax. El tejado en pendiente resbalaba, y él se dejó llevar.

No sabía sobre qué nuevo lugar se desplomaría, ni quiso mirar el

borde de la uralita. Una cierta experiencia en casos semejantes le había, enseñado que, cuando uno es tan idiota como para encontrarse en una situación así, lo mejor es cerrar los ojos y seguir siéndolo.

Todo tiene alguna salida, buena o mala, y cuando arriba esperan varias pistolas de reglamento cargadas, lo mejor es dejarse rodar hacia abajo. No obstante, tuvo la suficiente serenidad para tratar de asirse al borde del tejado en el momento de caer de nuevo al vacío.

No consiguió plenamente su propósito, pero pudo ver que caía sobre un callejón lateral donde había dos automóviles y varias pilas de ladrillos; sin duda, una nueva sección del garaje aun no del todo construida. Cayó de pie, flexionando las rodillas, junto a uno de los automóviles.

Todavía llevaba la pistola en la mano, y la guardó apresuradamente en el bolsillo derecho de su americana. Con la mano izquierda, al propio tiempo, intentó abrir la portezuela del automóvil; estaba cerrada con llave. En las facciones de Sheridan se dibujó una mueca de desesperación.

De un salto se plantó junto al otro. También estaba cerrado. No quiso mirar en las portezuelas del otro lado para no perder más tiempo. Vio una cosa azul que se precipitaba sobre él.

La llave inglesa osciló sobre su cabeza fracciones de segundo. Sheridan, sin tiempo de reaccionar, se lanzó sobre su rival, pegando la cabeza a él. El hierro vino a desplomarse sobre la parte superior de su espalda, junto a la nuca. Sus vértebras sufrieron una dolorosa conmoción, pero consiguió lo que quería.

Tenía a su enemigo junto a él, y no desaprovechó la ocasión. Dos hábiles golpes al estómago le distanciaron un poco, con un gesto de dolor y la barbilla descubierta. Bruce conectó a placer un gancho de trayectoria perfecta, que hizo rodar a su enemigo. Vio entonces que era uno de los empleados del garaje.

Con las piernas entreabiertas, una expresión de alarma y desorientación en sus ojos, el antiguo pillete de las calles de Nueva York contempló lo que podía ver de aquel Berlín desconocido y hostil, donde hasta el momento no había hecho más que enfrentarse a ciegas con la muerte. Tratando de echar mano de sus últimas reservas de serenidad, se encaminó hacia el interior del garaje con paso medurado y expresión tranquila. Dos hombres pasaron a su

lado, corriendo, y el hecho de que casi tropezaran con él hizo que apenas pudieran verle. Cuando se volvieron, ambos a un tiempo, para detener al extraño desconocido, Bruce ya había tomado una decisión.

En aquel momento una moto, una magnífica «NSU» de cubicaje medio, negra, salía del garaje.

La guiaba un hombre, y el asiento posterior estaba libre.

Dos ágiles zancadas bastaron a Sheridan para alcanzar al vehículo, que enfilaba ya la puerta. Antes de que el conductor pudiera darse exacta cuenta de lo que sucedía, Bruce estaba sentado a su espalda y le saludaba con una voz poco amable, en un alemán casi correcto:

—Acelere, amigo. Vaya adonde tenga que ir, pero aprisa. Tengo una pistola cargada, en la mano, y podría hacerle en el pecho un agujero más grande que el del émbolo que tiene entre las patas. ¡Vamos, sin vacilar!

Y acentuó su amenaza, golpeando con su puño izquierdo el costado de su víctima. Ésta, un hombre de unos cuarenta años, de apariencia pacífica, no se hizo repetir la orden.

Como una exhalación salieron del garaje.

Estaban ahora, según vio Sheridan, en la calle paralela a la parte posterior del hotel, la misma en que se fijara antes de saltar al balconcillo. Una ancha calzada, poco frecuentada a aquella hora, permitía a la moto una velocidad más que discreta. Sheridan, que no se había educado precisamente en un conservatorio de música, comprendió la intención del conductor: hacer que un policía les detuviese por exceso de velocidad. Con voz dura advirtió:

—Amaíne ahora. No vaya a más de sesenta o viajará tan lejos como quiera, gracias a mi ayuda. Lléveme a un sitio donde haya menos tráfico.

El otro, sin responder, hizo doblar la moto por una calle lateral.

—Bien. Ahora siga en esta dirección. Evite todas las calles donde haya cualquier clase de señales de tráfico.

El motorista obedeció también. No quería jugarse la piel por un movimiento del manillar más o menos.

Pero sus manos temblaban tanto, que Sheridan lo tuvo que tranquilizar.

—No pienso disparar mientras no intente alguna añagaza. Nada

perderá si me obedece. Deténgase allí.

Se estaban acercando a una plaza mal iluminada, con rincones completamente oscuros.

—Bien. Apéese.

—Pero... La moto...

—No se inquiete, si es que aun ha de pagarla. La dejaré tres esquinas más allá. Estará intacta.

El alemán iba a responder, pero vio en el rostro de Sheridan algo que no le gustó en absoluto.

—Haga lo que quiera.

Bruce ordenó al otro que se apartara a diez pasos, colocándose frente a él, y montando de un salto en la moto, la puso en marcha nuevamente. A tres manzanas de distancia, se detuvo, abandonando la máquina como había prometido. Echó a andar por una calleja lateral, a paso vivo.

Durante casi diez minutos estuvo andando, adentrándose en el dédalo de calles. Cuando calculó estar bastante lejos del hotel y de la moto abandonada, se detuvo. Ahora, casi de repente, había desaparecido de sus facciones la expresión dura y agresiva, y estaba blanco como un cadáver. Una sensación de hombre perdido y acosado le invadía el pecho, restándole fuerzas. Quiso sobreponerse. El honor de su misión lo exigía, la sangre de Karl Battes le obligaba a mantenerse en la línea trazada. Pero ¿qué le había ocurrido en realidad? ¿Dónde y contra quién tenía que actuar? «No soy más, que un maldito novato», se dijo, dejándose llevar por la depresión.

Y entonces, al aflojarse el cuello de la camisa, su mano derecha resbaló sin fuerzas por su costado y fue a posarse sobre el bulto que formaba la pistola. La extrajo, mirándola. Ya tenía algo con qué empezar a trabajar. Pero al introduciría de nuevo en el bolsillo, sus dedos rozaron algo: la bala que recogiera en el balcón, al saltarle de la recámara. La miró también con una expresión de incredulidad en sus ojos.

Era una bala aparentemente normal; sin embargo, no le gustó su aspecto.

Mordióla, extrayendo el proyectil y dejando libre el cartucho. Por sus dedos resbaló una cosa caliente y blanda.

—Serrín —se dijo—. Son cartuchos rellenos de serrín, a propósito, para que no estallen.

Una primera cuestión se planteaba, ante todo, en el cerebro de Sheridan: ¿Sabía «Hans Fadal», al entregarle aquella pistola, que le daba un cachivache con qué jugar ante la muerte? ¿Sabía ella que estaba en la habitación, junto al agente, en el momento de encender las luces? ¿Las había encendido ella, realmente?

Las coincidencias eran tantas, que Sheridan tenía que pensar por fuerza en su culpabilidad. Y entonces la maraña en que se movían sus pensamientos se espesaba tanto que le era imposible continuar raciocinando.

Mientras caminaba como alucinado, sin rumbo, por las calles, Bruce Sheridan comprendió que estaba perdiendo la partida.

«No tendré más remedio que pedir ayuda al representante del Departamento», pensó.

Y en aquel momento, el nombre de Lidia Bolden penetró en la negrura de sus reflexiones como un hermoso rayo de luz.

«Lidia Bolden. He de buscarla... esta misma noche».

Apresuró sus pasos. No sabía exactamente dónde estaba, pues no conocía Berlín. Pero antes debía intentar algo más concreto. Preguntó a un transeúnte sobre el emplazamiento de la Comandancia de las Fuerzas Americanas de Ocupación. El paisano le contestó que él era un antiguo soldado de la Wehrmacht, y que no le venía en gana responder a aquella pregunta.

—No he querido ofenderle —repuso Sheridan, con una sonrisa que era amistosa dentro de las circunstancias.

Dos manzanas más lejos preguntó a otro hombre, un anciano pensativo al que la vida debía haber enseñado ya el escaso fundamento de las rivalidades internacionales. Le indicó la situación exacta del edificio que buscaba. Era preciso atravesar medio Berlín.

Y no había por las cercanías ninguna parada de taxis.

Cuando Bruce llegó a la Comandancia, en un viejo vehículo, había transcurrido ya más de media hora, a contar desde el momento de su salto sobre el techo del garaje. Pidió ser recibido por el general jefe. Tuvo que contentarse hablando con el oficial de guardia.

Éste, después de escuchar un relato sucinto de los hechos, le acompañó hasta el despacho de un coronel ancho y grueso como el anuncio de un reconstituyente. Sheridan tuvo que enseñar sus

documentos y su pasaporte, todo falso y facilitado por el servicio, de información.

—Luis Mendoza, súbdito panameño —silabeó el coronel—. ¿Qué ha venido a hacer usted a Berlín, señor Mendoza?

—Le ruego que no emplee, bromas en este momento coronel. He dicho que no soy súbdito panameño, sino súbdito norteamericano, miembro del servicio secreto de información, y que me hallo realizando una misión.

—Buena tierra Panamá —comentó el coronel, ofreciendo un cigarrillo a Sheridan por encima de la mesa—. Todas las naciones del mundo dependen un poco de ese bonito trozo de agua que lo cruza de punta a punta. Y se obtienen buenos puñados de plata a costa de eso, ¿verdad? Yo siempre he creído que los panameños tienen más oportunidades para hacerse ricos que el resto de los mortales. Usted debe serlo, ¿cierto, señor Mendoza?

Las últimas palabras del coronel habían sido pronunciadas en correcto español. Sheridan casi saltó sobre la silla.

—Sé el español mejor que usted, coronel, estoy contento de saberlo y le he comprendido perfectamente, pero no soy panameño. Hasta el más estúpido de sus centinelas sabe que, dado lo secreto de mi misión, no podía presentarme en el «Werdthof» con mi personalidad verdadera. Y creo que a propósito de ello he hablado ya suficiente; más, incluso, de lo que conviene a la buena marcha de la misión que se me ha encomendado. Ahora vengo a pedir su ayuda reglamentariamente. Quiero que interceda cerca de la policía de Berlín para que la cinta grabada con la voz de Karl Battes nos sea devuelta. Yo solo, con mis propios medios, no puedo conseguirlo. Y es muy importante lo que hay en esa cinta.

Sheridan había hablado en español, puesto en pie y con ambas manos apoyadas sobre la mesa, lanzando sus palabras en tono agresivo casi junto al rostro del coronel. Éste se reclinó en su asiento, y lanzó al aire una bocanada de humo. Sheridan comprendió que estaba frente a un tipo sin nervios. Volvió a sentarse.

—Lo que usted me pide es muy lógico —repuso el coronel, ya en inglés—, suponiendo que sus palabras reflejen la verdad, cosa que no dudo. Y si dudase sería igual, porque haría exactamente lo mismo: pedir confirmación a Washington por medio de correo

diplomático. Hasta el más estúpido de mis centinelas comprendería que no puedo iniciar una gestión delicada cerca de la policía de Berlín sin estar antes seguro de que obro bien.

Y volvió a lanzar otra bocanada de humo.

—El correo diplomático es lento —respondió Bruce, con una expresión de pesadumbre en sus ojos.

—Cuarenta y ocho horas.

—¿Y cree que puedo esperar cuarenta y ocho horas para recuperar esa cinta? ¡Varios de nuestros mejores agentes dieron su vida por lo que hay grabado en ella! ¡Las instrucciones secretas dadas a los delegados chinos que han de negociar en Corea la conferencia de la paz! ¡Karl Battes mismo fue muerto por esa causa! ¡Le seguían el rastro, y se apoderarán del aparato esté donde esté! ¡No puedo esperar cuarenta y ocho horas!, ¿me entiende? ¡No puedo!

El coronel dejó el cigarrillo sobre un borde de la mesa. Sus ojos se habían vuelto grises.

—Es usted un novato —farfulló con desprecio.

Sheridan bajó la cabeza. No quiso mirarle, porque aquel hombre irritaba sus nervios.

—Sí, soy un novato. Ésta es mi primera misión en el exterior. Hasta ahora, como dicen mis superiores, sólo he perseguido ratas por la costa del Atlántico. Vigilancia de gente sospechosa, y pequeñas misiones de esas que embotan el cerebro. ¡Pero aunque sea un novato he de cumplir con mi deber! —dijo violentamente, poniéndose en pie de nuevo—. ¡Y mi deber es llevar a Washington el mensaje de Karl Battes!

El coronel se irguió también, agresivo.

—Si usted no tiene idea de lo que es el conducto reglamentario, yo sí, amigo. Y el conducto reglamentario me obliga, en este caso, a pedir a Washington confirmación de sus palabras. Le prometo que, durante las cuarenta y ocho horas de espera, tendrá usted protección y estará bien atendido. Hasta la llegada del correo no es usted para mí más que un turista un poco especial. Aguarde aquí mismo mientras llega mi secretario, que tomará todos los datos precisos. Yo voy a la cantina a echar un trago y a pedir algún calmante para el dolor de cabeza. Bien lo necesito.

Y, sin mirarlo, salió de la habitación. Sheridan iba a decirle que

se guardase su maldita protección en el bolsillo, pero no tuvo tiempo.

Una vez solo, volvió a tomar asiento, apoyando el codo sobre la mesa y la cabeza en la palma de su mano. Comprobó que ardía su frente. Un dolor nervioso le atravesaba el cráneo, de una sien a otra. Comprendía que ahora, definitivamente, había fracasado su misión.

De improviso, brilló una nueva luz en sus ojos. Acababa de ocurrírsele algo. Algo demasiado audaz, demasiado atrevido, digno casi de un loco. Pero tan sugestivo que al pensarlo cesó el dolor en sus sienes. Y tan peligroso, que, al redondear la idea, sintió en su cuello una caricia extraña y áspera, como la de una cuerda.

El 315 de la Landstrasse, de Berlín, es un edificio de cinco, pisos al que una granada de la artillería rusa arrancó los dos superiores en 1945. Dos años más tarde fueron reconstruidos, y allí se instaló una oficina internacional llamada «Guía Comercial y Turística».

Buena parte de las gentes que recalaban en Berlín en viaje particular acababan pasando por aquella oficina, que gestionaba el visado de pasaportes, tramitaba permisos de importación-exportación y cobraba en buenos dólares

U. S. A.

Oficialmente, Lidia Balden era una empleada de aquella oficina. Privadamente, el enlace del servicio secreto norteamericano de información en Berlín.

Entre el 315 de Landstrasse y la Comandancia americana en la capital, hay unas tres mil yardas. Y en esas tres mil yardas estaba pensando ahora Bruce Sheridan.

Había pasado frente a la oficina antes de avistar la Comandancia. Había calculado incluso que se tardaba veinte minutos en ir de un lugar a otro, a buen paso.

Mientras pensaba en esto entró en la habitación el secretario de que le había hablado el coronel. Era un sargento de mediana edad, fuerte y ancho de espaldas.

—¿Quiere enseñarme sus documentos? —solicitó sin más preámbulos, sentándose frente a él.

Sheridan se los entregó distraídamente, mirando la ventana.

Según parece, cuando uno toma gusto al vacío, la tendencia a saltar se convierte en un vicio. Y Sheridan había saltado ya una vez

aquella misma noche...

Estaban en una planta baja, a seis pies por encima de la calle.

—Hace calor aquí —dijo al sargento—. ¿Puedo abrir?

El interpelado debió advertir en la actitud de Sheridan algo que no le gustó.

—No hace calor ni estaremos aquí mucho rato. Sopórtelo.

Y se puso a copiar en una hoja de papel los datos de los documentos. Sheridan comprendió que había llegado el momento de obrar.

Con una celeridad pasmosa, extrajo la pistola y conectó la culata contra el cráneo del sargento. Éste se desplomó de bruces sobre la mesa, sin lanzar un gemido. Difícilmente pudo oírse el golpe desde el otro lado de la puerta, donde con toda probabilidad habría un centinela.

Guardando nuevamente su pistola, y tras recoger sus documentos, Sheridan abrió la ventana, saltando a la calle por ella. Le vieron varias personas, aunque la acera estaba muy poco concurrida a aquella hora.

Sheridan, a fin de que su conducta pudiese parecer relativamente natural, no huyó, sino que, agachándose, comenzó a contar palmos desde el suelo, en dirección al alféizar de la ventana, como si tomase medidas para algo. Mientras hacía esto, sus nervios le punzaban rabiosamente en brazos y piernas, y empezaba a sudar. Bastaría con una sola voz de alarma, con una pregunta capciosa, para que todo se viniese a tierra. Pero los alemanes estaban demasiado acostumbrados a las excentricidades de las fuerzas de ocupación para detenerse a contemplar a aquel tipo que para tomar unas rústicas medidas necesitaba saltar por las ventanas. Tras mirarle al pasar, todos los transeúntes siguieron su camino. El servicio nocturno en las cuatro esquinas del edificio aún no había empezado su guardia. Por eso, Sheridan, al cabo de tres minutos, pudo echar a andar. Sus pasos, al principio, eran confiados e indolentes. Luego, al salir de la calle, se hicieron nerviosos y rápidos. Parecía un campeón de marcha atlética, y sudaba copiosamente cuando llegó frente al edificio de la Landstrasse.

Allí tuvo una desagradable sorpresa. La oficina, a dónde se le había ordenado acudir en caso necesario por llamar menos la atención que en una visita al domicilio de Lidia, estaba abierta toda

la noche, pero la muchacha había salido ya. No le quedaba más remedio, pues, que llevar la imprudencia a sus últimos extremos.

Tomando un taxi, le dio la dirección de Lidia Bolden.

La joven vivía en un bonito chalet de las afueras, junto al Spree. Se adivinaba que cobraba sus servicios en dólares y no en marcos alemanes. Pero al quedar solo y fijarse mejor en el edificio, Bruce advirtió que era extraordinariamente pequeño, pese a su extenso jardín, y que una de sus paredes estaba casi en ruinas. Lidia no vivía, al parecer, con demasiado lujo. Y al pensar esto, Bruce pensó también que era extraño que no hubiese ningún vestigio de luz en la casa.

Saltando en silencio la pequeña valla de madera, Bruce caminó agazapado por el jardín hasta llegar a la puerta. No percibió ningún ruido dentro de la casa. Casi sin respirar, con todos sus músculos tensos, Bruce llevó la mano al picaporte. Éste giró. La puerta estaba abierta.

Todo lo que sucedió a continuación fue muy rápido, extraordinariamente rápido. Bruce empujó ligerísimamente la puerta, colándose como un reptil por el pequeño resquicio. Pero sus precauciones no fueron suficientes. Acababa de poner los pies en el interior, cuando algo duro acarició su espalda. Algo duro, largo y frío.

Algo tan duro, tan largo y frío, como por ejemplo, el cañón de una «German Luger».

CAPÍTULO IV

EL GOLPE

Un silencioso aparato de relojería se puso en funcionamiento en el cerebro de Sheridan. Al principio de un modo precipitado, violento, trastornándole con sus zumbidos y con su descompasado latir. Luego de una forma gradual, mecánica, tranquilizándole. Aquel complicado aparato de relojería que formaban sus nervios, saltó con un chasquido al recibir el contacto de la «Luger». Pero el misterioso enemigo no disparó, dándole tiempo a tranquilizarse. Sheridan, con las manos instintivamente alzadas, trató de adivinar quién era. Puso en tensión su sistema nervioso a fin de estar dispuesto para el terrible momento del disparo, que sospechó no había, de tardar. Pero al mismo tiempo, le convenía conservar la calma. Con una voz que intentaba aparentar indiferencia, susurró:

—Gracias. Siempre dije que los turistas eran bien recibidos en Berlín.

Su enemigo no contestó. Sheridan oía su respiración lenta y profunda, que le cosquilleaba la nuca. Debía ser casi tan alto como él, y sostenía el arma con firmeza. Quiso insistir:

—Supongo que es de rigor en estos casos preguntar a qué vine aquí. Y es de rigor también contestar que uno ha venido a reparar la avería del gas o del teléfono. ¿Por qué no me lo pregunta?

El misterioso enemigo tampoco contestó. Su respiración intensa y espaciada, seguía cosquilleándole la nuca. A Sheridan no le gustó nada aquello, e intentó hacer acopio de energías. Respiró fuerte, con lentitud. Y entonces llegó a sus sentidos algo que antes no había percibido: un débil olor de perfume. ¡Su enemigo era una mujer!

Con una velocidad centelleante, Sheridan se arrojó a un lado, con los brazos en cruz. No lo hizo por creer que las mujeres son más

remisas para disparar, sino porque no tienen la velocidad de reflejos de los hombres. Aquella maniobra, que habría sido suicida en otras circunstancias, podía salir bien teniendo a su espalda a una mujer. Y salió bien. Sheridan desvió su tórax del campo de acción de la pistola e introdujo en él su brazo derecho extendido, pues se había arrojado hacia el lado izquierdo. No era ya lo mismo. Con la mano derecha aferró la pistola, y tiró de ella hacia el suelo. Una cosa blanda y perfumada se vino sobre él, gimiendo. Unos labios femeninos se posaron en su cuello... pero no para besarle. Dos filas de sanos dientes se clavaron en su piel, con desesperada brutalidad. Ahora gimió Sheridan. Con la mano derecha retorció la muñeca de la mujer, obligándole a soltar la pistola, mientras con la izquierda le tiraba de los cabellos, obligándole a echar la cabeza hacia atrás.

La puerta no estaba cerrada, y la única y débil luz del jardín entraba, a través del pequeño resquicio. Esa luz se proyectó de lleno sobre el rostro de la mujer. Sobre los dedos de Bruce, engarfiados en sus cabellos.

Y entonces una voz ronca partió de la garganta del joven:

—¡Lidia! ¡Lidia Bolden!

Tardaron en ponerse en pie. Se miraron a los ojos con las bocas entreabiertas, como si acabasen de despertar uno junto al otro.

—Tú, Bruce... No puede ser... Tú en Berlín —reaccionó de pronto—. ¿Para qué?

—No sé si te has alegrado de verme, Lidia, pero al principio no lo parecía.

—¿Para qué estás en Berlín, Bruce?

Sheridan la miró fijamente. Sus ojos escrutaron el rostro de la mujer, que le transmitía a través de sus manos una especie de secreto calor.

—Vine a entrevistarme con un agente que antes habría estado en contacto con Karl Battes. El asunto era sencillo y debía ir sobre ruedas, pero se pincharon los neumáticos. ¿Y tú? ¿Esperabas alguna visita, Lidia?

La muchacha suspiró, mirando al suelo.

—Una mujer como yo siempre espera visitas, Bruce.

Él se puso en pie, y ayudó a Lidia a imitarle.

—Cierra esa puerta —dijo ella—. Y pasa al interior. Allí podremos encender la luz.

Sheridan obedeció, y, siguiendo a la joven, penetró en la única habitación interior del chalet, un reducido despacho donde Lidia encendió la luz de una pantalla, indicando a Sheridan que se sentase en un sillón junto a la mesa.

—¿A qué has venido, Sheridan? —interrogó, sin preámbulos.

—Te lo he dicho antes: a recoger un material que estaba en poder de Karl Battes.

—Esas cosas no se explican tan fácilmente. ¿Acaso...?

—¿Acaso he venido a verte como nuestro enlace en Berlín? Sí, eso es. Y lo he hecho porque necesito tu ayuda.

La muchacha le miró fijamente, y Sheridan pudo ahora contemplarla bien. Lidia había cambiado mucho, muchísimo, desde que la viera por última vez. Sin embargo, la había reconocido en la penumbra, y la hubiera reconocido cien veces en circunstancias más difíciles. Lidia había dado madurez a los rasgos de sus facciones, y sobre todo, a sus ojos, que ahora sabían mirar con una expresión enigmática y hasta un poco cruel, con esa especial crueldad indiferente de quien está obligado por su profesión a no tener sentimientos. Pero, no obstante, había luz en ellos. Una luz virgen que pugnaba por atravesar aquella capa de indiferencia, de delatar la verdadera Lidia interior. Por lo menos, así lo juzgó Sheridan. Sin dejar de contemplarla, hizo una pregunta que parecía dirigida a sí mismo:

—Hace poco tiempo que sé cuál es tu misión, Lidia, y no he hecho más que preguntarme interiormente por qué la aceptaste. Cómo, incluso, es posible que estés trabajando para el servicio secreto.

Ella sonrió con frialdad. Había ciertos rasgos en su expresión que indicaban no le era del todo grata la compañía de Sheridan.

—Durante la guerra aprendí muchas cosas, Bruce. Sin yo pretenderlo, alguien se fijó en mí. En 1944, empecé a trabajar como corresponsal de un periódico en Estocolmo, pero en realidad ya con una misión secreta que cumplir.

—¿Cómo viniste aquí?

—He trabajado también en Tokio y en Moscú, en misiones algo peligrosas. Si me enviaron a Berlín fue por creer que éste era un lugar tranquilo y poco arriesgado, como el que yo merecía. Ya ves que no. Aquí hasta los mejores amigos te arrancan los cabellos y te

destrozan la muñeca. Pero hablemos de ti, Bruce. Dices que Karl Battes tenía un material. ¿Dónde?

—En el «Hotel Werdthof». Un material importante que yo debía llevar con toda urgencia a Washington.

—¿En qué consistía?

—Estaba organizado de una manera bastante ingeniosa, tanto que parecía imposible que alguien pudiese robarlo. Y sin embargo, así fue. De los detalles te daré cuenta más tarde. Ahora, lo único que debes saber es que esos informes, el mensaje que costó la vida a Battes, se halla en poder de la policía alemana.

—¿Estás seguro de que Battes murió a causa del informe?

Sheridan se encogió de hombros, entreabriendo ambas manos.

—Claro...

—Bien. No es preciso que aclaremos eso ahora. ¿Sabe la policía alemana lo que tiene entre manos?

—Por el momento, supongo que no. Pero lo sabrán esta noche, cuando trasladen el material a su laboratorio.

Lidia tamborileó con los dedos sobre la mesa. «Se ha acostumbrado —pensó Sheridan— a reflexionar como un hombre. Lástima. Porque su aspecto sigue siendo el de una mujer».

—¿Qué puedo hacer yo, Bruce? Mi misión consiste en proporcionar documentos de identidad a cuántos agentes lo necesiten y en facilitarles la entrada o la salida del país. Pero nada más. Con sólo esto, mi misión es ya bastante complicada.

Bruce suspiró.

—Me temo que esta vez tendrás que llevar tus obligaciones más lejos, Lidia. Pretendo, ni más ni menos, que robemos a la policía alemana.

Lidia dejó de tamborilear repentinamente sobre la mesa. Sus párpados subieron y bajaron tres veces en tres segundos.

—¿Sabes lo que dices, Bruce?

—Perfectamente —se inclinó más sobre la mesa, tendiendo su mano derecha, que casi se unió a las de ella—. Oye, Lidia, en las últimas horas han ocurrido cosas muy importantes, cosas lo bastante misteriosas e inexplicables para volver loca a toda una organización de espionaje. Y yo soy un hombre solo, Lidia, aunque nos dijeran en los cursos preparatorios que cada uno de nosotros valía por diez, o como nos decíamos, por un vivo y nueve muertos.

Mataron a Battes, y no sé quién. Esta noche han intentado matarme y no sé quién. El agente de enlace con Battes es un traidor y no sé por qué. Si te parece poco entretenimiento para esta noche, los periódicos alemanes suelen publicar crucigramas que ocupan media página... Y la única ayuda con que puedo contar en Berlín para actuar inmediatamente, eres tú.

—¿Has pedido ayuda a la Comandancia Militar?

—Sí, pero desconfían de mí, cosa, por otra parte, bastante lógica. Para recibir ayuda —y aun esta prestada de un modo reglamentario—, debería esperar a que se confirmase desde Washington mi personalidad. El correo diplomático más urgente tarda cuarenta y ocho horas. Para entonces, la policía alemana conocerá al dedillo el mensaje secreto de Battes, el mismo que le costó la vida, y todo nuestro esfuerzo habrá sido inútil. Los datos serán archivados y en parte, dados a conocer. En cambio, si nosotros actuásemos...

—Nuestra actuación sería ilegal, Bruce.

Él cerró sus manos nerviosamente encima de la mesa.

—Lo sé, y no pretendo que nos den una medalla, ni una pensión vitalicia, por lo que vamos a hacer, pero es preciso, Lidia, es preciso. No habrá sangre. De ti sólo pretendo un poco de ayuda perfectamente pasiva. ¿Tienes un coche?

—Sí, un «Volkswagen» pequeño, pero con buena velocidad. Está en el garaje de la casa.

—Tienes que prestármelo.

—¿Y en eso ha de consistir toda mi ayuda?

Bruce no contestó enseguida. Por el contrario, tras unos instantes de reflexión, hizo una pregunta:

—¿A dónde crees que llevarán una cosa como la que han encontrado en la habitación de Battes?

—Sigo sin saber qué es lo que han encontrado. ¿Un fumadero clandestino de opio?

—Supongamos —dijo Bruce, estirando las palabras—, supongamos que un maletín conteniendo un mensaje: una cinta magnetofónica.

—En tal caso es de suponer que a los laboratorios del Cuartel Central. Están a poca distancia de la zona rusa.

Se iluminaron los ojos de Sheridan.

—¿En tal caso, tendrán que pasar cerca de los centinelas soviéticos?

—Sí.

—Pues bien, Lidia, tu misión no sólo consistirá en prestarme ese coche. También tendrás que dejarte atropellar por el que conduce la policía.

Los párpados de la muchacha volvieron a bajar tres veces en tres segundos.

—¿Es que ya no os dan de comer en Washington, Bruce?

—No temas, no puede ocurrir nada si sabemos hacer las cosas bien. El plan consiste sencillamente en detener el coche de los policías y efectuar un disparo, sólo un disparo. Ahora estamos a tiempo de distribuir los papeles, Lidia. ¿Qué podrás hacer mejor?

—El disparo, Bruce. No quiero ser yo la que «detenga» el coche de los agentes. Pero comprendo que mi servicio y mi misión aquí se verían gravemente comprometidas si emplease armas de fuego. Por una vez, serviré de colchoneta.

Junto a la caseta del puesto de control, brillaba la bayoneta de un soldado ruso.

Nadie pasaba por las inmediaciones a aquella hora, y Vladimiro Zessov se estaba durmiendo, bien lejos de sospechar que unos minutos más tarde plantearía con su fusil un verdadero conflicto internacional.

Lidia y Bruce, en aquel mismo momento, pasaban junto al «Werdhof» a toda velocidad, viendo cómo el automóvil de la policía todavía continuaba junto a la puerta. Dos esquinas más abajo se detuvieron y clavaron sus ojos en la puerta del hotel, esperando que aquel coche se moviera.

—Tal vez se lo hayan llevado ya todo —sugirió Bruce.

—No es fácil. Esos tipos son muy meticulosos y más pesados que un barril de cerveza. Es posible que tenga que venir un delegado especial a recoger el «paquete».

Bruce la miró.

—Hablas como una profesional, Lidia.

—¿Qué crees que soy?

Sheridan bajó la cabeza. En realidad, la pregunta había sido innecesaria, lo sabía. Pero estaba sorprendido al ver a Lidia con aquella entereza, aceptando sus planes y compartiéndolos con una

audacia realmente masculina. Todo iba resultando muy distinto de como había imaginado. Tan distinto que no le extrañaría volver a Washington entre paredes de madera. Contempló a Lidia otra vez, y le pareció demasiado hermosa para vivir de aquel modo.

—¿Tienes miedo?

—Un miedo horrible, pero me pagan por no tenerlo. Ni miedo ni vergüenza.

Sheridan iba a contestar, pero en aquel momento vieron cómo dos agentes y un paisano salían del «Werdhof» y entraban en el pequeño automóvil. Bruce puso en marcha el suyo.

—Ya salen. Asegurémonos de la dirección qué toman... y a volar.

—Hasta el cielo, con dos alitas blancas. Si ese coche no tiene buenos frenos, no hay duda de que yo lo haré antes de cinco minutos.

Como habían supuesto, los policías tomaron inequívocamente la dirección del Cuartel Central. Bruce dejó el volante en manos de Lidia para que ésta diese un rodeo, adelantándoles, pues conocía las calles.

Cuatro minutos más tarde, después de correr a la máxima velocidad por las avenidas desiertas, se detuvieron en una pequeña plazoleta, a unas cien yardas de la zona rusa. Allí abandonaron el coche, y los dos, a paso vivo, se dirigieron hacia el puesto de control, donde brillaba la bayoneta de Vladimiro Zessov. Antes de cruzar la amplia calle en que habían desembocado, vieron ya los faros del automóvil de la policía, que se acercaba a gran velocidad.

—Ahora todo radica en tu habilidad, Lidia. Suerte.

Y antes de que ella se apartara de su lado, añadió:

—Si adivino que no van a frenar a tiempo, dispararé contra el neumático más cercano. Eso, al menos, les desviará.

—Y en lugar de la cabeza puedo perder sólo una pierna. Gracias.

La muchacha corrió hacia el puesto de control, intentando cruzar la calle como si no advirtiese la proximidad del automóvil. Éste, que se había embalado en la recta, vio salir a su paso a aquella atolondrada figura que, de repente, pareció inmovilizada por el terror. Abriendo los brazos cayó al suelo, mientras el conductor echaba, el freno de mano violentamente, amenazando con descoyuntar el coche y sin saber apenas qué era lo que estaba

ocurriendo. El paisano, sentado detrás con el maletín entre las piernas, le llamó una cosa gruesa. Lidia quedó tendida a unas pulgadas de las ruedas, y concluyó su magnífica representación entrecerrando los ojos y poniéndolos en blanco.

Los dos agentes uniformados descendieron, dando la vuelta al coche cada uno en una dirección. Entonces intervino Bruce.

Con dos ágiles zancadas, se colocó junto al automóvil, que era pequeño y bajo de techo. Desde allí veía brillar nítidamente la bayoneta del ruso. Con la mayor tranquilidad, extrajo su pistola e hizo fuego contra ella, bastante por encima de la cabeza del soldado.

La reacción de éste fue instantánea. Bajó su fusil e hizo fuego por encima del coche. Bruce se inclinó, rompiendo el cristal de la ventanilla con un violentísimo golpetazo de su pistola, a fin de amedrentar al individuo del asiento posterior. No había este salido de su asombro, cuando vio la portezuela abierta y un arma que le encañonaba fríamente. La voz de Sheridan fue clara:

—Deme eso o le teñiré la piel.

Semejante alusión a la mancha que a aquella distancia se formaría junto al orificio de entrada de la bala, bastó para convencer al policía. Sus dos agentes estaban perplejos mirando al ruso, sin atreverse a llevar las manos a sus armas por temor a un nuevo disparo de fusil. Cuando uno de ellos reaccionó y volvió la cabeza, Lidia ya se perdía entre las sombras, seguida de Bruce, con el maletín en la mano. Uno de ellos quiso impedir la huida, pero el soldado soviético, en perfecto alemán, le hizo cambiar de deseo.

—Nada de armas mientras esto no se aclare. Acercaos.

El comisario salió del automóvil lanzando maldiciones. Sus facciones estaban lívidas.

—¡Hemos sido objeto de una trampa! —chilló—. Nosotros no hemos disparado contra ti, amigo. Esos dos tipos han aprovechado la zona de control para engañarnos. ¡Hay que detenerles!

Quiso extraer su arma, pero el ruso, terco como un caballo, se lo impidió.

—Nada de pistolas mientras no hayan hablado con el oficial. Acérquense. Esto es muy delicado.

Los tres se aproximaron gesticulando, intentando convencer al centinela de que el problema presentaba dos caras completamente

distintas, y de que no iban a conseguir nada hablando. Pero el ruso se mantuvo terco.

Lidia, al penetrar con Bruce en el «Volkswagen», no pudo reprimir una sonrisa.

—Estarán discutiendo hasta mañana. Incluso es posible que esto origine un cambio de notas entre los jefes aliados. Tu idea ha sido buena, Bruce. Ya tenemos lo que buscábamos.

—Y tú has trabajado muy bien, Lidia. Tu caída ha sido perfecta, y lograda en el momento preciso.

—¡Bah! Más peligroso era tu papel. El de paisano pudo haber reaccionado a tiempo, sin contar con que la bala del ruso, de haber sido dirigida con intención, te hubiese atravesado a ti. Lo hemos conseguido sin derramamiento de sangre y casi sin violencia. Incluso en estos momentos, para el centinela y los policías, la situación tiene algo de cómica —Lidia, seguía sonriendo—. Y ahora supongo que me dirás qué es lo que llevamos ahí. Por qué hemos hecho todo esto.

—El maletín contiene, grabadas en cinta, las últimas palabras de Karl Battes, todo lo que él dijo antes de morir.

La sonrisa desapareció de labios de la muchacha. Sus dientes empezaron a castañetear.

CAPÍTULO V

UNA LARGA CINTA

El maletín estaba sobre la mesa del pequeño despacho, y los dos lo miraban fijamente, sin abrirlo todavía. Los ojos de Bruce reflejaban satisfacción, y los de Lidia una inquietud mal disimulada.

—Aquí está contenido el mensaje de Karl Battes, y todo lo que dijo hasta el momento de morir. Incluso las palabras de los sirvientes al descubrir su cadáver y los comentarios de la policía. La cinta debía tener una capacidad de grabación de setenta, y dos horas. Todos los sonidos que se produjeron en la habitación desde que fue instalado el aparato, han sido fielmente recogidos. Supongo que la policía, de todos modos, debió parar la marcha del mecanismo al descubrirlo, y aun quedará virgen una parte considerable de cinta. ¿Quieres que abramos el maletín?

Éste era pequeño, plano, y tenía soportes de metal poderosamente imantados, que permitían colgarlo, por ejemplo, detrás de un radiador de la calefacción, fijarlo al somier de la cama o a cualquier superficie metálica lo suficientemente oculta. Fue al comprobar todos estos detalles cuando Bruce se dio cuenta de la expresión temerosa con que Lidia miraba aquella máquina.

—¿Qué ocurre? ¿Es que estás arrepentida de haberme ayudado?

La muchacha le miró como si acabase de despertar de un sueño.

—No, no es eso, Bruce. Simplemente pensaba que aquellos policías me vieron la cara demasiado bien. Sería enojoso y expuesto, por tanto, que ahora continuase en Berlín. Los choques de la policía occidental con los centinelas soviéticos, sobre todo en las zonas clave de la ciudad, son frecuentes, y nadie les presta ya demasiada atención, pero no por eso dejarán de hacer una investigación a fondo. Creo que lo más prudente será marchar a

Washington contigo.

Una oscura e indefinible sensación advirtió a Bruce que la muchacha no era sincera, pero se abstuvo de todo comentario.

—Es posible que tengas razón. Pero si marchas, ¿no dejarás alguna misión interrumpida?

—Tengo un sustituto, como es lógico. Es un oficial del servicio de información, a quien debo trasladar instrucciones concretas en casos como éste. Para ello, sólo tengo que enviar dos cartas.

—¿Cómo?

—El procedimiento es sencillo. Ahora te lo mostraré.

En el despacho había cinco archivadores para la correspondencia. Estaban abarrotados de cartas comerciales y peticiones relacionadas directa o indirectamente con el trabajo civil que efectuaba Lidia. Ésta, con mano experta, separó tres cartas que tenía dispuestas en lugares previamente escogidos. Las tres eran de una firma comercial de Nueva York, si bien se referían a asuntos distintos y estaban firmadas por distintas personas. Bruce se fijó en que con aquel membrete había muchas cartas en los archivadores, de modo que sería sumamente difícil seguir la pista de las importantes: las tres que Lidia tenía en la mano. Se las mostró.

—¿Qué ves en ellas?

—Nada, absolutamente nada.

—Hemos empleado el procedimiento del punto mecanográfico. Y lo hemos hecho muy bien.

Sheridan, entonces, empezó a repasar todos los puntos con el dedo, a lo largo de las líneas de la carta. Casi al final de ésta, uno sobresalía un poco, muy poco, de la lisa superficie. Era un punto artificial pegado donde debió haber un punto verdadero.

Aquel procedimiento no era nuevo en los servicios del espionaje, pues los alemanes lo habían empleado reiteradamente durante la guerra. Se escribía una carta intrascendente y se dejaba por marcar, con la máquina, uno de los puntos, generalmente el que más inadvertido pudiera pasar. En su lugar se pegaba cuidadosamente, y con tacto exquisito, un punto artificial consistente en un negativo fotográfico con un mensaje breve, reducido a dimensiones microscópicas. No había luego más que hallar ese punto, arrancarlo y ampliar al máximo. Aun así, era preciso muchas veces leer con lupa los caracteres del mensaje. Una carta enviada en esas

condiciones podía burlar los mejores servicios de censura militar y atravesar todas las fronteras, de agente a agente secreto. A menos que a la censura se le ocurriese no enviar la carta, sino una copia fotográfica de la misma. Entonces todo estaba perdido.

—El procedimiento no es nuevo, Lidia —advirtió Bruce.

—Desde luego, pero mi puesto tampoco hace necesarias, más precauciones. No hay censura que revise esas cartas. Una de ellas contiene un mensaje que yo debo siempre tener preparado, y en el que se anuncia mi regreso para informar. Otra debe ir a mi substituto, dándole cuenta de mi marcha. La tercera contiene las últimas instrucciones recibidas de Washington, que igualmente debo trasladarle. No tenía ahora apenas ningún trabajo pendiente. Sólo se me hacen algunas indicaciones referentes al servicio de Prensa.

—Por consiguiente, enviarás dos cartas separadas a tu substituto y una a Washington.

—Eso es. Y quedaré libre para acompañarte. Espero que, después del informe, me concedan algún nuevo destino en la misma Norteamérica.

Bruce Sheridan sonrió, mirándola a los ojos. Había desaparecido ya aquella especie de extraño temor que advirtiera en la muchacha. Ahora volvía a ser la Lidia confiada y alegre que conociera siempre. Casi en contra de su voluntad, preguntó:

—¿Por qué me acompañas, Lidia?

La mirada de ella le hizo daño. Era una mirada intensa, dulce, que volvía a ser de mujer.

—Hay cosas que no necesitan preguntarse, Bruce —le contestó.

Intentaba cerrar los ojos, pero no tenía sueño. El día había sido demasiado intenso, demasiado agitado para que ahora pudiera olvidarlo todo y descansar. Le dolía la cabeza.

Reposaba en el diván del vestíbulo, mientras Lidia lo hacía en su dormitorio. Tenían decidido salir de Berlín en el coche dos horas antes del amanecer y tomar el expreso de París dos estaciones más allá de la capital, para desorientar a cualquiera que les persiguiese. Disponían de unas tres horas para reponer energías y habían decidido aprovecharlas. Pero Bruce las necesitaba, no para descansar, sino para ordenar sus pensamientos.

Seguía sin comprender apenas nada de todo aquello, pero su

misión estaba cumplida. Regresaría a Washington con el mensaje de Karl Battes y lo entregaría a sus jefes. Quién había matado a Karl, qué interés podían tener otros agentes en apoderarse de aquel mensaje, eran preguntas a las que él no estaba obligado a contestar.

No había abierto todavía el maletín, limitándose a constatar su peso, y ahora, de repente, tuvo la sensación de que había cometido una imprudencia. Necesitaba comprobar, además, la existencia de la cinta y el perfecto estado de todo el mecanismo. Era extraño lo sucedido, pero aquella expresión de Lidia, sus palabras y sobre todo su decisión de acompañarle, le habían sumido en un mar de felices perplejidades, que ocupaban todos sus pensamientos. No se había preocupado lo suficiente de revisar el maletín.

Se levantó, y como estaba vestido, fue directamente al pequeño despacho donde lo dejara. Encendiendo la luz, lo abrió, comprobando que su interior no había sufrido ningún desperfecto.

Pero una cosa le llamó la atención, tanto que le hizo entrechocar los dientes. En el interior, sobre el mecanismo, había un pasaporte, una cartera de bolsillo y dos sobres. Sin duda, los documentos y objetos que fueron hallados en los bolsillos de Karl Battes, y que la policía había guardado allí para trasladarlo todo conjuntamente. No necesitó pulsar los sobres para comprender que uno de ellos contenía una estilográfica y varios billetes, y el otro un reloj de pulsera.

Abrió el pasaporte, revisándolo hoja por hoja. No había nada de particular en él. Luego examinó la cartera, donde no había más que cinco billetes de cien marcos. Ni una tarjeta, ni un papel, nada más. Sin embargo, aquella cartera daba la sensación de que en ella debía haber algo, por lo que Bruce se puso a revisarla meticulosamente. Desde que, durante la última guerra, los espías habían utilizado para ocultar sus mensajes, hasta los más inverosímiles rincones de sus vestiduras, se había vuelto a los viejos sistemas de no ocultar demasiado las cosas, porque los lugares menos sospechosos son los que se registran en último lugar. Lo maestros de Bruce le habían enseñado qué uno puede arrancarse una uña y colocarse otra postiza, teñida, provista de un estuche. Que entre los cabellos puede haber algunos artificiales, más gruesos. Que la hebilla de un cinturón puede estar hueca... Tantos escondites eran posibles que él, e incluso la mayor parte de sus compañeros, sustentaban ya la

teoría de que los agentes enemigos buscan primero en los sitios más extravagantes, siendo por tanto mejor, en muchos casos, llevar los documentos en un lugar lógico. Por eso Bruce revisaba con tanta atención aquella cartera, y por eso sonrió comprensivo al notar un pequeñísimo relieve en uno de los departamentos. Rasgó la piel con fuerza para hallar un orificio redondo del que extrajo un papel de fumar, doblado. Al desdoblarlo, vio que era larguísimo y estaba escrito a máquina, con caracteres muy pequeños. Se trataba, en realidad, de muchas hojitas pegadas por los bordes. Estaba escrito en inglés y sus primeras palabras eran:

«Informe del agente Karl Battes sobre la Conferencia de la Paz en Corea. Punto I...».

Bruce Sheridan quedó perplejo, y tuvo que acariciarse los párpados antes de proseguir.

Según toda probabilidad, aquél era el mensaje de Battes, el que le había costado la vida. Pero, si era el mismo que estaba grabado en la cinta, ¿por qué no había destruido el original, como se le ordenó? ¿O eran tal vez mensajes distintos?

Tuvo que frotarse los párpados otra vez. No veía claro nada de aquello, nada absolutamente. ¿Cómo era posible que existiesen dos mensajes sobre un mismo asunto? ¿O tal vez había uno verdadero y era falso el otro?

No, aquello no podía ser, era llegar demasiado lejos en sus suposiciones. Sin embargo, Battes había muerto, lo que indicaba que cualquier idea era posiblemente acorde con la realidad, por absurda que pareciese al principio. Bruce comprendió que lo mejor en aquel caso sería volver al diván e intentar pensar en la obscuridad, pero algo le retenía allí. Volvió a mirar el mensaje, y, por fin, lo colocó bajo la luz, en la mesa, para contemplarlo en sus menores detalles. Estaba dividido en tres partes y tenía aspecto de ser absolutamente auténtico. Perplejo, lo dobló, guardándolo en un departamento de su propia cartera.

El cajón central de la mesa estaba semiabierto ante él, y en su interior brillaba la culata de la pistola con que antes le amenazara Lidia. La extrajo, mirándola con una sonrisa. La volvió a guardar, para lo cual abrió el cajón completamente. Y entonces advirtió en él

algo extraño: en el fondo del mismo, Lidia tenía otra pistola exactamente igual, otra «German Luger».

Aquello causó a Bruce una nueva perplejidad, haciéndole quedar pensativo unos instantes, con los ojos semicerrados. ¿Para qué quería Lidia dos pistolas, y las dos de la misma marca? ¿Qué pretendía con ello?

«Lo mejor será dormir un poco —decidió—. De lo contrario, acabaré volviéndome loco».

Pero cuando salía del despacho, sigilosamente para no turbar el sueño de Lidia, le sobrevino aquel pensamiento. Al principio le pareció grotesco, absurdo, y decidió seguir adelante... Pero no había dado un nuevo paso cuando aquel pensamiento volvió con más fuerza. Se estremeció. Era todo tan absurdo que quiso reír, pero no pudo. Volvió sobre sus pasos.

Abrió nuevamente el maletín —que había ya cerrado antes de salir— y extrajo la cartera. De uno de los bolsillos de su americana sacó una pequeña lupa plegable, cuyo mango destornilló fácilmente, permitiendo que apareciera en su interior un pequeño depósito de polvos de aluminio. Derramó unos pocos sobre la cartera de Battes y la culata de la segunda pistola, mirando a continuación con la potente lupa. Había varias huellas muy confusas, y tuvo que emplear un largo tiempo antes de distinguir un grupo uniforme de las mismas. Eran grandes, como de dedo pulgar de hombre, y no muy claras, porque estaban mezcladas con otras. Luego pasó a examinar las de la pistola. Volvió a la cartera y repitió la operación anterior. Su excitación aumentaba a cada minuto, y sus facciones estaban rojas. Juraría que en la cartera y la culata de aquella pistola había huellas semejantes. Claro que no podía precisar nada, dado lo rudimentario de sus medios de observación, pero en su intimidad estaba seguro de no equivocarse. Con un suspiro, guardó la lupa.

Aquello era más que extraño. Suponiendo que las huellas aparecidas en la pistola fuesen de Lidia, como parecía probable, ¿en virtud de qué diabólica combinación aparecían también en la cartera? Porque ella no había podido verla, ni tocarla aún, eso estaba fuera de toda duda. Y si las huellas de la cartera eran de Karl Battes, el asesinado, ¿por qué aparecían también en la pistola de Lidia?

Bruce se llevó la mano a la frente. «No, no puedes estar seguro

—se dijo—. Te han parecido semejantes, huellas que no lo son».

Ésta era una posibilidad, desde luego, pero todo lo referente a huellas, Bruce creía conocerlo bien. También cabía pensar que las digitales de la pistola y las de la cartera fuesen de la policía.

Pero esto caía al instante por su propio peso. La policía, que había extraído la cartera del cadáver de Battes, no podía haber depositado la pistola en la habitación de Lidia. ¡Tenía que ser ella misma quien la había dejado allí!

Bruce Sheridan sintió frío. Aquello era demasiado importante, demasiado tremendo. Sus dedos habían quedado rígidos sobre la mesa. Era posible que Lidia hubiese traído aquella pistola arrancándola de manos de Battes... antes de que éste muriera.

«O tal vez se la dio —pensó desesperadamente—. Aunque, ¿por qué ocultármelo? ¿Y por qué había de dársela?».

Lo lógico, al fin, era que se hubiese equivocado. Puso todo en su sitio, y apagó la luz. La casa estaba siniestramente oscura, y al caminar en las tinieblas pensó en el espectro de Karl Battes. «Ojalá apareciera —deseó, con una violencia que le dejó perplejo—. Al menos, él me diría quién fue el que le mató».

Mientras se tendía nuevamente en el diván, trató de ordenar todos aquellos pensamientos. Decidió al fin que Lidia no podía tener nada que ver con aquel siniestro asunto. Si algo hubiese hecho, habría ocultado aquella pistola mejor.

Pero el diablo no iba a dejarle descansar aquella noche. Apenas había cerrado los ojos, tranquilizado por aquel pensamiento, cuando le sobrevino este otro:

«Lidia no ha ocultado mejor la pistola porque lo que menos podía sospechar en este mundo es que tú ibas a descolgarte por aquí esta noche. No creía necesitar ninguna precaución. Y el modo de recibirme indica bien a las claras que no veía con demasiado entusiasmo las visitas».

Todo estaba montado sobre una base muy frágil, pero al mismo tiempo todos los eslabones encajaban para formar una cadena que rodeaba exclusivamente la figura de Lidia. Aún trató de oponer otra objeción: ella pudo haber cerrado el cajón con llave. Pero ésta también quedaba desvirtuada por dos motivos: porque ella quedó visiblemente turbada al conocer el contenido del maletín, tanto que al acostarse aún no se había repuesto completamente de su

nerviosismo, y eso le había impedido pensar con claridad. Y segundo, porque no habría supuesto en modo alguno que él se entretuviese haciendo incursiones nocturnas al despacho. Ni a él mismo se le hubiese ocurrido tampoco levantarse, desde luego, a no ser por aquella maldita inspiración repentina.

Además, ¿por qué insistía Lidia en acompañarle? Sus razones eran lógicas, desde luego, pero también podía haber decidido... acabar con él.

Bruce lanzó una imprecación al llegar a este punto de sus pensamientos. No quería que su cabeza siguiese trabajando un minuto más. La hundió en la pequeña almohada del diván e hizo desesperados esfuerzos por quedar dormido.

A las dos horas de su partida de Berlín, el expreso de Viena realizó su primera parada. En la pequeña estación aguardaban ya Lidia y Bruce Sheridan.

Habían dejado el «Volkswagen» en un garaje, pagando el pupilaje de diez días. Lidia Bolden calculó que en aquel tiempo podría avisar, para que lo recogiera, a su substituto, el oficial de información.

Sin abandonar el maletín un momento, Bruce entró en un departamento de segunda, seguido por la muchacha. Eran entonces las cinco de la madrugada. Las cinco de una madrugada espantosamente gris negra, neblinosa y húmeda. A Bruce Sheridan le pareció un mal presagio.

—Pareces intranquilo —le dijo Lidia—. ¿No has descansado bien?

—¿Descansar? ¡Oh, sí, perfectamente!

Recordaba el momento de su partida, cuando Lidia guardó su «German Luger». Luego había parecido cambiar de idea.

—Toma la mía, es más segura. No conviene, rodar por Alemania con una pistola robada a la policía alemana. Puedes dejar la tuya aquí. Yo llevaré esta otra.

—¿Tienes licencia para las dos?

—Sí.

Su respuesta había reflejado tan perfecto aplomo, que Bruce no se atrevió a insistir.

De modo que ahora Lidia llevaba la pistola perteneciente a Karl Battes. Y Bruce dedujo que no sería por demasiado tiempo.

«No se fía de mí —pensaba, sentado frente a ella en el pequeño departamento semivacío—. Sospecha que he averiguado algo, y tratará de deshacerse de la pistola, para lo cual debe estar imaginando ahora alguna excusa plausible. Pero le será difícil».

En efecto, en la frente de la muchacha se marcaba una profunda arruga y tenía los ojos bajos. Parecía entregada a una intensa reflexión, tanto, que a Bruce, de repente, le dio lástima. Sintió tentaciones de adelantar la mano y apresarle la suya. «Te quiero desde que eras una niña, Lidia. Cuéntamelo todo y confía en mí. Yo te ayudaré. Yo...».

«Yo debería llevarte a la silla eléctrica», se dijo para sí, mordiéndose los labios.

Ella alzó los ojos, como si hubiera adivinado sus pensamientos. Se miraron con una extraña fijeza y ambos tuvieron la sensación de haberse comprendido. Aquello fue peligroso para los dos.

Media hora más tarde, Lidia, levantándose, salió al pasillo. Vestía un traje ceñido que realzaba sus formas, y estaba tan hermosa que Bruce tuvo que cerrar los ojos. Lo hizo, además, para ocultar el brillo de éstos, ya que había adivinado que la muchacha intentaría deshacerse de la pistola. Precisamente en aquel momento estaban atravesando una serie de pequeños puentes sobre el río Spree.

Salió él también, colocándose a su lado. La sensación de ser vigilada se hizo tan patente para Lidia, que le miró con hostilidad. Bruce, entonces, para no violentarla, empezó a pasear por el desierto pasillo.

Aquel día viajaba poca gente en el expreso, y los departamentos estaban ocupados sólo parcialmente. Algunos de ellos tenían las cortinillas echadas, como si los pasajeros, en el interior, dormitasen. En otros, sus ocupantes leían revistas o fumaban parsimoniosamente. En uno de ellos se habían reunido varios oficiales yanquis, que bebían y jugaban al póker.

Fue casi al llegar al último departamento, en un extremo del pasillo, cuando Bruce vio a la muchacha. Tenía la misma expresión inocente que cuando la conoció. Sonreía con elegancia, y con esa especial distinción que caracteriza a las damas de abolengo. En su deliciosa mano enguantada, llevaba una pistola.

Para Bruce fue una sorpresa tropezar tan de improviso con

«Hans Fadal». En uno de los departamentos cerrados se había alzado violentamente la cortinilla, cuando pasaba frente a él. En el cristal había aparecido enmarcada una figura femenina. Dentro había dos hombres con las manos en los bolsillos. Ni siquiera miraban la escena. Y la pistola en las manos de Hans apuntaba tan directamente al pecho de Bruce y el cristal del departamento era tan delgado e insignificante —tan insignificante como su vida, si aquel hada apretase el gatillo— que Bruce se sintió inclinado a detenerse.

Desde ningún otro departamento del vagón podían observar la escena. Claro está que Bruce podía arrojar al suelo y hacer luego, extrayendo la «Luger» mientras caía, pero en aquellas circunstancias eso hubiese sido temerario. Y, por otra parte, jamás conocería la participación que Lidia tenía en todo aquello, si no se dejaba atrapar.

La sonrisa de la muchacha era toda una invitación. Bruce hizo correr la puerta y entró. Hans retrocedió dos pasos, sin dejar de apuntarle. Los dos tipos del interior seguían con las manos en los bolsillos.

—Vuélvase de espaldas y baje las cortinillas —la voz de la mujer era cruel y fría.

—Lo haré, pero ¿no tienen miedo de que se me ocurra hacer sonar la alarma?

—Inténtelo y quedará colgado del timbre.

Bruce bajó las cortinillas, aislando el departamento de toda mirada del exterior. Luego se volvió con una estrecha sonrisa en los labios.

—La pistola que me entregó en el hotel era magnífica —aseguró.

—Lo era. Deme la que lleva ahora.

El joven se encogió de hombros, sin hacer el menor ademán de obediencia. Entonces, uno de los tipos se levantó, sacando la mano derecha del bolsillo. En aquel momento pudo ver Bruce que su puño estaba armado con una llave inglesa de púas aceradas, capaz de deshacer un rostro de granito.

—Obedece, amigo, o te marcaré la cara.

—Si la sacase yo, sentiría la tentación de marcarte la cintura con un lunar, para corresponder. Quítamela tú mismo.

Su enemigo introdujo la mano izquierda bajo la americana y

extrajo la «Luger», que lanzó sobre el asiento, junto a la ventanilla.

—Ya no la vas a necesitar.

El otro tipo se había levantado también, sacando un revólver. Hans ocultó su pistola en el bolso —un bolso de terciopelo, pequeño y delicado, que parecía hecho ex profeso para ir con él a la Opera— y se sentó frente a Bruce con las piernas cruzadas. Aquellas piernas eran endiabladamente bonitas. Como para tropezarse con ellas en la Opera también... y no mirar una sola vez al escenario.

En aquellos momentos, el cerebro de Bruce trabajaba febrilmente. No le cabía la menor duda de que Lidia había visto la escena, advirtiéndole además que no tenía nada de normal. Pero ¿intervendría en su favor? ¿Haría algo por salvarle? Todo le hacía suponer que no. En primer lugar, aquélla sería una magnífica oportunidad para deshacerse de la pistola, única prueba que la ligaba a la muerte de Karl Battes. Por lo menos hasta arrojarla al Spree no intervendría... y luego tampoco, probablemente, pues entonces no llevaría arma. Eso sin contar con que «Hans» y aquellos dos tipos podían ser sus cómplices. Bruce Sheridan pensó que, según toda probabilidad, aquello tendría que resolverlo solo. Castañeteó los dientes.

«Hans» le miraba fijamente y con una expresión de inmensa superioridad, como si examinase a un insecto.

—¿Cómo lograste escapar del «Werdthof»? —preguntó en primer lugar.

—Gracias a la pistola, ya lo he dicho.

Uno de los hombres levantó el brazo amenazadoramente, pero lo bajó al ver, con sorpresa, que Bruce ni siquiera se había fijado en él.

—No estamos ahora para bromas, nene.

—Ni esto es una cámara secreta de torturas. No olvide que están en un vagón de ferrocarril, y rodeados de gente extraña.

La mujer sonrió.

—Si alguien entrase aquí por descuido, ya te preocuparías tú de poner cara inocente. De lo contrario, se nos podrían mover los dedos...

—De acuerdo... Escapé porque, de pequeñito, me enseñaron que uno no está perdido, aunque le amenacen con una pistola. Precisamente ahora estaba pensando en eso...

La sonrisa en los labios de la mujer quedó helada por unos

momentos.

—¿Te pones siempre tan interesante cuando hablas con una mujer?

—Sólo con las que no me infunden ningún respeto.

El tipo que antes había levantado el brazo repitió ahora el movimiento, pero terminándolo por completo esta vez. Su puño derecho cayó como una maza sobre el rostro de Bruce, que quedó sentado y con el labio superior partido. Iba a levantarse para responder, cuando la pistola del otro se clavó violentamente en su costado.

—Nada de ruiditos... aquí.

—Me has convencido. No lloraré.

«Hans» se acercó más a él, mientras encendía un cigarrillo.

—¿Dónde está el maletín?

—¿Qué maletín?

—Nada de tonterías, Bruce Sheridan —advirtió ella, con súbita dureza.

—¿Sabe mi verdadero nombre? ¡Qué gran honor! Correspondo diciéndole que el maletín está en mi departamento, a escasa distancia de aquí.

—Nos encargaremos de recogerlo. ¿Quién era la chica que ha subido con usted?

—¿No lo saben?

La expresión, sinceramente perpleja, de Bruce, dejó desorientados a los otros.

—Repito que no le hemos hecho entrar para que gaste bromas —casi chilló «Hans».

—No es una broma —Bruce sonreía divertido, pero con todos sus nervios en tensión—. Yo creí que la muchacha era su cómplice...

Otro puño se alzó amenazador sobre el rostro de Bruce. Ahora el armado con la llave inglesa.

—Quieto, Joachim, no le adornes la cara todavía.

La mujer volvió a extraer la pistola. En aquel momento, el convoy se detenía en una estación. Había empezado a llover, y las gotas empañaban por completo el cristal exterior.

—Cuando el tren arranque, irás a tu departamento, acompañado por Joachim. Ya ves que te profesa gran simpatía, de modo que si

intentas algo sospechoso te vaciará el cráneo, aunque sea la última cosa que haga en su vida. Recogerás el maletín, y se lo darás. Volverás con él a este departamento.

—¿Y luego? —No había la menor ansiedad en la voz de Bruce Sheridan.

—Si el material no ha sido destruido, quedarás en libertad. No de una forma muy cortés, claro está, pues tendremos que arrojarte del tren. Pero será sin hacerte daño.

Bruce, que después del puñetazo aún no se había puesto en pie, cruzó las piernas tranquilamente. El tren seguía detenido, y por unos momentos sólo oyeron el repiquetear de la fuerte lluvia sobre el techo del vagón.

—Una cosa despierta mi curiosidad: ¿cómo te llamas, guapa?

—No tengo inconveniente en decirlo: Ana Bolena.

Joachim lanzó una estúpida carcajada, mientras Bruce tragaba saliva.

—Llámame Edna —dijo «Hans» al fin—. Es un nombre que siempre me ha gustado. Y si tu curiosidad sigue en pie y quieres que te diga cómo adivinamos que tomarías este tren, te confesaré que leo los periódicos cada mañana. Si uno no es ciego, ve en las páginas interiores de cualquiera de ellos una noticia breve sobre el incidente de ayer entre la policía y un centinela soviético. Para mí ha sido ésa una noticia muy importante; he adivinado que Berlín no era ya una ciudad cómoda para ti, y que saldrías en el primer tren, evitando el avión porque es más fácil de vigilar. He supuesto incluso que, para mejor desorientar a la policía, lo tomarías en una estación intermedia. Y así ha sido. Pude haberme equivocado, pero lógicamente tenías que obrar del modo que lo has hecho.

Bruce reconoció con un movimiento de cabeza que Edna tenía razón.

—Aquí soy peligroso para vosotros. Si la policía me descubre...

—Antes de que la policía te descubra, te habremos arrojado del tren. Y habremos recuperado el maletín. Andando.

El convoy se había puesto nuevamente en marcha. Joachim le apuntó con el arma en el bolsillo, y Bruce salió del departamento, aparentando naturalidad. Lidia no estaba ya en el pasillo.

Ni en el departamento. No estaba tampoco el maletín. Bruce, con voz débil, preguntó al único viajero que durante el trayecto les

había hecho compañía.

—Acaba de bajar en esa estación —dijo, mientras encendía su pipa—. Yo creí que iban ustedes juntos. Se ha llevado el equipaje.

Bruce Sheridan se volvió hacia Joachim, que seguía apuntándole. En su frente habían aparecido unas gotitas de sudor.

CAPÍTULO VI

LAS MUJERES NUNCA GASTAN BROMAS

Dos preguntas casi simultáneas nacieron en las mentes de Joachim y Bruce Sheridan.

El agente pensó: «Tenía que haberseme ocurrido. Y ahora ¿qué van a hacer conmigo?».

Mientras el espía pensaba: «Debíamos haber contado con eso. Y ahora, ¿qué hago yo con éste?».

Por lo pronto hizo más patente la presencia de la pistola en su bolsillo, acercándose a Bruce. Éste salió del departamento, dando las gracias con voz queda al individuo de la pipa.

El pasillo estaba desierto en aquel momento, y el tren ganaba velocidad. La fuerza de la lluvia era tanta, que había empañado por completo los cristales. No veían por dónde pasaban.

«He de decidirme —pensó Bruce—. Si vuelvo al departamento estoy perdido».

Simuló andar con toda naturalidad, acelerando un poco el paso. Joachim se pegó a su espalda, tanto que su aliento le cosquilleaba, la nuca. Bruce dio un paso un poco más largo que los otros y, de repente, se dejó caer al suelo de rodillas.

Lo hizo con una rapidez electrificante, desviando el tronco para sujetar con ambas manos el bolsillo derecho de Joachim, donde éste mantenía quieto el revólver. La primera bala, al caer Bruce, había pasado por encima de sus hombros, pero dedujo que si dejaba al espía libertad de movimientos siquiera durante dos décimas de segundo, el nuevo proyectil que saliese de su recámara sería de efectos mortales. Por eso apretó el cañón contra la tela, bajándolo todo lo posible, a fin de que no pudiera apuntar. Joachim hizo fuego otra vez, pero la bala agujereó casi la punta de sus propios

zapatos.

Se había producido en el vagón un verdadero tumulto, aunque nadie había salido aún de su departamento.

Bruce, apoyándose en un pie, se enderezó, mientras seguía sujetando con la mano izquierda el revólver de su enemigo. Durante unos segundos permaneció en un equilibrio precario e inestable. Si Joachim hubiese sido un hombre más inteligente, habría ante todo empujado a Bruce, olvidándose por unos momentos del revólver. El agente hubiese caído, y él habría podido acribillarle con toda meticulosidad y limpieza. Pero Joachim sustentaba la teoría, de que todo puede olvidarse menos un arma, cuando uno la tiene al alcance de la mano. Por ello siguió forcejeando durante los breves segundos que Bruce tardó en ponerse en pie. Cuando quiso reaccionar, el puño derecho de éste se había abatido sobre su rostro, aplastándole la nariz. Luego golpeó su ojo izquierdo, cegándolo momentáneamente. Bruce pegaba con una especie de rabiosa desesperación, pues sabía que en el momento que Edna hiciese salir a su compañero, éste le remataría. Dejó libre por unos instantes al tambaleante y sorprendido Joachim, y le propinó cruzados dos ganchos al mentón, que lo hicieron rodar por el pasillo. No perdería el conocimiento más que unos segundos, pero era suficiente. Vio que la puerta correspondiente al departamento de Edna empezaba a correrse y se pegó a ella. Cuando el otro orangután sacó la cabeza, Bruce le golpeó la sien con la frente, mientras sus manos aferraban la derecha de su enemigo, armada.



Se abalanzó sobre Joachim...

Un aullido fue la respuesta del espía, que intentó arrastrarle al interior del departamento. Bruce, que no podía dejar tiempo para que Joachim se recobrase, golpeó con el canto de la mano el dorso de la muñeca de su nuevo enemigo, haciendo que éste soltara su pistola con un gemido. Pero no dio tiempo a Bruce para recogerla.

Puso el pie sobre ella, y el agente perdió el equilibrio, cayendo al suelo.

Con una imprecación saltó hacia la puerta exterior del vagón, abriéndola mientras su adversario se inclinaba para recoger la pistola caída. Hizo fuego con ella cuando Bruce saltaba al exterior. El agente tuvo dos caricias simultáneas. La de la lluvia en su rostro y la de la bala en su nuca, casi quemándole la piel. Saltó sin saber hacia dónde lo hacía. Lo mismo podía caer sobre terreno liso que a un puente sobre el río. Pero no estaba en disposición de elegir.

Instintivamente cerró los ojos. Sintió que su cabeza chocaba contra algo blando y dio varias vueltas de campana, hasta quedar tendido. Un murmullo sordo penetró en su cabeza, haciéndosela mover desesperadamente de un lado a otro, en un esfuerzo sobrehumano por recobrar la plenitud de sus sentidos. Palpó con sus manos el lugar en que yacía, advirtiéndole que se trataba de tierra blanda. La lluvia contribuyó a despabilarle y pronto pudo ponerse en pie, aunque vacilando. Vio entonces que estaba en un terraplén. El tren se había detenido a escasa distancia de aquel lugar.

«Han hecho funcionar el timbre de alarma —pensó—. Saldrán ahora en mi busca».

Y empezó a correr a ciegas, dejándose rodar, al perder el equilibrio, hasta el fondo del terraplén. Allí empezaba un pequeño bosquecillo de arbustos, limitando un campo de árboles frutales. Se ocultó cómo mejor pudo, mirando hacia atrás. Vio cómo Joachim y su amigo descendían también por el terraplén, con las armas en la mano.

Corrió con todas sus fuerzas a lo largo de la línea de arbustos, en dirección contraria a la cabeza del tren. Sus perseguidores aun no debían haberle visto, porque no disparaban. La lluvia azotaba el rostro de Bruce, con tanta fuerza, que le obligaba a mantener los ojos semicerrados. Después de unos minutos de furiosa carrera vio, con sobresalto, que el pequeño bosquecillo terminaba unas yardas más allá, dando principio a un campo arado completamente liso, donde ni una liebre hubiera podido refugiarse. Se detuvo, mirando nuevamente hacia atrás.

Sus dos perseguidores se dividían ahora, yendo uno en cada dirección del bosquecillo. Bruce vio que el que venía hacia él era Joachim.

Los policías del tren estarían investigando en el vagón escenario de tantas violencias, y era posible que pronto saliesen al exterior, en busca de sus causantes. Por tanto, lo mismo a Bruce que a sus perseguidores les interesaba trabajar deprisa.

Joachim se acercaba rápidamente, con el revólver en la mano derecha. Tenía apretados los dientes, y caminaba con el tronco ligeramente arqueado, en disposición de saltar. Su aspecto era el de un hombre decidido a todo. Y en cambio Bruce estaba pensando en aquellos momentos en algo que debilitaba su moral; Lidia.

Comprendía que estaba a punto de morir, y lamentaba hacerlo sin conocer la participación que la muchacha había tenido en toda aquella maraña de inextricables misterios. Ahora sería difícil encontrarla. Y tan difícil como eso sería acabar con Joachim.

Estaba ya sobre él, y el negro cañón de su revólver brillaba siniestramente entre la lluvia. Bruce se agazapó un poco más. Saltó repentinamente.

Joachim hizo fuego, pero su enemigo había saltado de costado y no era fácil acabar con él al primer intento. Rodaron ambos por el suelo, chapoteando en el barro desesperadamente. Ambos maldecían el inoportuno disparo: Bruce porque atraería al otro mastodonte, y Joachim porque habría llamado la atención de los policías del tren.

El revólver había sido la principal preocupación de Bruce, y por eso se dejó golpear el rostro con tal de mantenerlo sujeto y con el cañón mirando a un lado. Sus labios se partieron otra vez y empezaron a sangrar, ahora violentamente. Ayudándose con las piernas, logró quedar encima de Joachim. Pegó su rostro al de él, para que no pudiese atravesarle los ojos con los dedos, y trató de torcerle la muñeca para que soltase el arma.

Adivinaba que su otro enemigo venía al galope por el bosquecillo de arbustos, dispuesto a acabar. No se atrevía a levantar la cabeza para fijar su situación, porque temía que Joachim intentase cegarle. Pero el otro no tardaría ni dos minutos en presentarse allí. Los dientes de Joachim se cerraron sobre su cuello. Gimiendo de dolor, se mantuvo, no obstante, en la misma postura, descargando toda su furia en la brutal presión sobre la muñeca. Joachim, aullando, soltó el revólver. E instantáneamente aflojó la presión de los dientes. Sabía que estaba perdido, que su enemigo le

desharía la cabeza apoyando el cañón contra su frente. El abandono de su presa fue una inconsciente e infantil manifestación de terror, una entrega que, si no despertaba su compasión, haría las cosas más breves.

Bruce, al apoderarse del revólver, alzó la cabeza e, irguiéndose velozmente, puso una rodilla sobre el pecho de Joachim. Vio al compañero de este que venía corriendo, y que se detenía atónito al contemplar la escena. Los dos dispararon casi simultáneamente.

Bruce fue más rápido. La bala se alojó en el estómago de su enemigo, que cayó doblándose lentamente. Su proyectil, lanzado en el momento de recibir el impacto, durante la contracción dolorosa, perdióse inútilmente en el aire. Bruce miró entonces a Joachim, cuyos dientes castañeteaban.

—¡Yo no tengo nada que ver con esto! —chilló—. ¡Yo he cobrado por este trabajo!

—¿Quién era tu jefe? —preguntó Bruce, con una voz dura y fría.

—La mujer. La llamábamos Edna. Es la única a quien conocía.

Bruce comprendió que aquel hombre decía la verdad. Guardó el revólver en el bolsillo.

—¡Vamos! ¡Levántate y ayuda a tu compañero, si es que aún vive. Unos años de cárcel serán mejores para vosotros dos que unas balas en vuestras cabezas! ¡Andando!

Joachim le miró con expresión de incredulidad, mientras se ponía en pie. Dio media vuelta, y echó a correr en dirección a su compañero. En aquel momento los policías del tren saltaban del vagón. Eran cuatro.

La lluvia era tan intensa y espesa que no permitía ver a gran distancia; formaba en aquellos momentos una auténtica y compacta cortina de agua. Confiando en ello y en la penumbra del amanecer, Bruce echó a correr por el campo arado pensando subir a la cima del terraplén en un momento propicio y saltar al otro lado, donde aún tardarían en buscarle.

Dos minutos después, tras una furiosa carrera en que no había vuelto una sola vez la cabeza, se echó de espaldas sobre la pared del terraplén, respirando ansiosamente. Los policías resbalaban ahora hacia abajo, a unas cien yardas de distancia. No daban muestras de haberle visto todavía. Se les distinguía por el resplandor de sus linternas.

¿Y Edna? ¿Qué había sido de Edna? Bruce pronto iba a tener una respuesta a esta pregunta.

Cuando llegaba a la cima del terraplén la vio. La muchacha iba envuelta en un impermeable transparente, de los que caben doblados en el interior de un bolso. Se alejaba apresuradamente del tren, que ya se había puesto otra vez en marcha. Vio a Bruce en el mismo instante en que él la divisaba.

Ahogando un chillido, sacó su pistola. Estaban sólo a unos treinta pasos, y Bruce llevaba en la mano el revólver de que había despojado a Joachim. Calculó que, si era afortunado, podría arrancar el arma de manos de la mujer antes de que ella disparase. Había ensayado varias veces, con figuras, aquel tiro en la escuela de policía.

Edna apuntó y Bruce hizo fuego, enfilandos cuidadosamente la delicada mano femenina. Pero ninguna bala saltó de la recámara. El revólver estaba vacío.

Lanzando una imprecación, se arrojó al suelo, mientras Edna avanzaba unos pasos con una cruel sonrisa en los labios. Bruce se dejó caer rodando por la pared del terraplén.

La mujer llegó hasta el borde, y allí se detuvo con las piernas entreabiertas, en actitud casi masculina. Con una extraña sonrisa fue siguiendo las piruetas de Bruce en su caída. Sabía que al llegar a terreno firme quedaría unos instantes quieto, circunstancia que aprovecharía ella para cribarle tranquilamente la piel.

Bruce, en efecto, quedó inmóvil al llegar abajo, semidesvanecido después de aquella rapidísima serie de volteretas. Edna, desde arriba, cerró el dedo sobre el galillo. Y en aquel momento sintió en su costado un pequeño golpe.

Sus piernas vacilaron, aunque no sufría ningún dolor, y de repente sintió que algo cegaba sus ojos. El terraplén pareció dar una vuelta y ascender hacia ella. Bruce, desde abajo, vio cómo la muchacha caía rodando, sin lanzar un gemido.

La esperó, adelantando los brazos para amortiguar su caída. El cuerpo de la joven se precipitó en ellos, y quedó doblado de una manera trágica. La pistola aún estaba engarfiada entre sus dedos, y Bruce se apoderó de ella.

Era tiempo.

Un paisano acababa de aparecer en lo alto del terraplén,

revólver en mano. Bruce dedujo que se trataba de un policía que había hecho fuego sobre Edna al adivinar su intención, salvándole así la vida. Pero no podía perder tiempo en esas consideraciones, pues la actitud del aparecido era manifiestamente hostil. Por otra parte, él debía evitar a toda costa que la policía le interrogase. Por ello hizo fuego contra el desconocido, apuntando a su mano. Y esta vez sí saltó una bala de la recámara.

No falló el blanco. La «Luger» que empuñaba el aparecido saltó de entre sus dedos, mientras en la palma de su mano brotaba una mancha roja. Con un gemido de sorpresa y de dolor escondió el miembro herido entre sus piernas, mientras se dejaba caer sobre la vía para evitar el nuevo balazo, que sería definitivo.

Ni Bruce tenía intención de disparar más ni perdió el tiempo en averiguaciones. Levantando a Edna entre sus brazos, echó a correr siguiendo la línea del terraplén. A aquella distancia no era fácil que los agentes disparasen contra él, ya que sólo disponían de pistolas, pero si emprendían la persecución podía considerarse perdido. Jadeó, sintiendo que algo picante le abrasaba la garganta. Estaba desfalleciendo.

Con un esfuerzo sobrehumano, trepó de nuevo hasta la cima del terraplén. El cuerpo de la muchacha pesaba increíblemente, y su sangre le empapaba las ya sucias y destrozadas ropas. Al llegar a la vía, comprobó que el hombre a quien hiriera momentos antes había desaparecido, tal vez para reunirse con los otros policías y darles órdenes.

«En este caso —pensó—, me buscarán hasta donde sea preciso».

Descendió por la otra vertiente del terraplén, sin soltar el cuerpo de Edna, que seguía exánime. No obstante, era fácil comprobar que no estaba muerta, pues abría y cerraba la boca en breves espasmos dolorosos. El aguacero aplastaba a Bruce como una gran mano poderosa. Se llamó loco a sí mismo.

¿A dónde iría con cinco policías tras sus pasos, sin poder justificar su conducta y con una mujer herida entre los brazos? Por añadidura, con una clase de mujer de la que no se podría fiar un ápice, si llegaba a recobrar el sentido. Y en un país completamente desconocido para él. El agua era como un enemigo más; había calado ya sus ropas, y resbalaba por toda su piel.

Encorvado hacia delante, respirando como un animal herido,

siguió su marcha a través del campo, a la máxima velocidad que le permitían sus piernas. No corría ya, porque era incapaz de hacerlo. La sensación de escozor en su garganta era completamente insoportable.

Por unos segundos, incluso deseó que los policías le alcanzasen, para que aquello terminara de una vez. Pero reaccionó. No todo estaba perdido. Mientras pudiese sostenerse en pie y tuviera una pistola cargada, no todo estaba perdido.

A lo lejos, creyó divisar una casa pequeña, una especie de choza cuadrangular donde sin duda el dueño de aquel campo guardaba sus instrumentos de labranza. No era un buen escondite, pues sin duda los policías sospecharían inmediatamente de un lugar así, pero al menos allí podría descansar unos momentos al abrigo de la lluvia.

Se acercó con pasos cada vez más vacilantes, sintiendo sus brazos dormidos bajo el cuerpo de Edna. A punto ya de rodar exánime transpuso el umbral de la choza, cuya puerta estaba entornada. Su interior era una estancia desnuda y triste, con varios azadones alineados en la pared, y goteras en el techo. Depositó a la herida en el suelo y se dejó caer de rodillas, jadeante, cerrando los ojos.

En aquellas condiciones, ni siquiera se dio cuenta de que alguien se acercaba por su espalda.

Y el contacto del cañón sobre su nuca fue casi una caricia suave, lejana, indiferente...

Sentándose sobre sus talones, dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo. Ni siquiera soltó el arma. La voz de Lidia también se le antojó lejana y sin importancia.

—No te muevas, Bruce. Arroja lejos esa pistola.

Lo hizo, con una extraña sonrisa que deformaba sus labios. Ya sabía la verdad. Lidia era cómplice de aquellos espías. Le amenazaba tal vez con la misma pistola que había empleado para matar a Battes. La que emplearía para matarle a él.

—Eres... muy simpática, Lidia. Celebro oírte de nuevo.

Levantó ambos brazos, y se puso en pie. El cañón de la «Luger» ascendió con él, no separándose una pulgada de su nuca.

—Avanza ahora hasta la pared. Pero no te vuelvas.

Obedeció también.

—Da media vuelta.

Lo hizo, encontrándose frente a ella. La muchacha estaba empapada también, pero no ofrecía ni mucho menos su lamentable aspecto. En su mano derecha empuñaba firmemente la «Luger» de Battes. Tenía la mandíbula un poco adelantada, con una expresión fieramente decidida. Entre ambos estaba el exánime cuerpo de Edna.

—¿No ayudas a tu amiga? —preguntó Bruce, con voz irónica.

Le sorprendió comprobar que aquel maldito asunto había perdido para él casi todo su interés. Ahora que Lidia se manifestaba a sí misma como culpable, todo era siniestro, sucio y hasta un poco horrible. Bruce sintió que en aquellos momentos algo estaba muriendo en su interior. Se apoyó en la pared, enarcando las cejas.

—¿Mi amiga? —había dicho Lidia, pero él apenas la oyó.

La muchacha, con un puntapié, cerró la puerta, dejando al descubierto el maletín que contenía la cinta. Sus ojos seguían fijos en Bruce, y ahora se habían vuelto ligeramente recelosos.

—Quieres llamar mi atención hasta esta mujer para saltar sobre mí, ¿no es cierto? Estás muy acostumbrado a que las cosas te salgan bien, Bruce Sheridan. Pero yo estoy formada en tu misma escuela, y no me engañarás. Saca tu cartera y arrójala a mis pies. En ella guardas el verdadero mensaje de Karl Battes.

A pesar de que ya estaba convencido, aquella nueva prueba abrumó al novato. Lidia suponía que él había registrado el maletín la noche anterior. Ella sabía que existían dos mensajes de Karl Battes, uno auténtico y otro falso. ¿Por qué? Preguntas como aquélla llevaban a los hombres a la silla eléctrica en muchos lugares de los Estados Unidos.

—Has trabajado bien, Lidia. Supongo que para terminar tu labor, antes de llevarte ese mensaje que venderás a buen precio, necesitas matarme. Yo sería siempre un peligro para ti. Y sabes que necesitas hacerlo pronto.

La pistola tembló en la mano de Lidia por primera vez.

—¿Era de Battes esa pistola?

—Sí.

No había titubeado la voz de la muchacha.

—¿Le mataste tú?

—Sí.

Su voz era dura; sus respuestas, secas como un martillazo.

—¿Por qué?

—No es este momento para explicaciones. Al menos ya sabes ahora que no me asusta disparar; te basta con eso. Arroja la cartera a mis pies.

Una extraña sonrisa había quedado fija en los labios de Bruce. Era una sonrisa inexpresiva, casi cuadrada. Con la mano derecha extrajo la cartera y la arrojó a los pies de Lidia, como ésta le había ordenado.

—Tenías razón; hay dos mensajes de Karl Battes. Uno en la cinta, y otro aquí.

Lidia se inclinó, sin dejar de apuntarle y sin apartar los ojos de él. Tanteó el suelo hasta que sus dedos dieron con la cartera. Entonces se incorporó, diciendo:

—Ahora sólo me queda una cosa que hacer: destruir todo esto y salir de aquí. Tú podrás regresar a Washington y decir lo que te venga en gana. No tendrás ningún testigo.

—Sí. Tendrá uno.

Los dos miraron al suelo. De repente se dieron cuenta de que Edna mantenía abiertos los ojos.

CAPÍTULO VII

LA PUNTA DE LA MADEJA

Los rostros de ambos expresaron idéntica sorpresa. Durante unos minutos habían llegado a olvidarse por completo de que Edna estaba allí, entre los dos, tal vez creyéndola muerta. Pero ahora la presunta «Hans Fadal» empezaba a hablar, y lo hacía de una forma extraña. Su voz sonaba lejana, impersonal, como si lo que decía ya no tuviera importancia para ella. De sus labios brotaba un hilillo de sangre, que a cada palabra se hacía más intenso.

—Estás equivocada, muchacha. Te has asustado por lo que tienes entre las manos. Quieres destruir todas las pistas que demuestren tu intervención en la muerte de Battes. Con esto harás lo que el avestruz... que esconde su cabeza bajo tierra. Esas pistas que quieres destruir son tu única salvación.

Jadeó, e inmediatamente tuvo un acceso de tos que fue en realidad un vómito de sangre. Bruce comprendió que la bala le había alcanzado en un punto vital, y que no tardaría mucho en exhalar su último suspiro.

Avanzó para arrodillarse junto a ella. En esa postura tenía gran facilidad para atacar a Lidia, por lo que imaginó que ésta le haría retroceder enseguida hasta la pared. Pero la joven Bolden no hizo nada de esto; por el contrario, bajó la pistola.

Bruce seguía sin comprender lo que estaba ocurriendo. En aquel momento, al acercarse a Edna, no pretendía averiguar nada; cumplía simplemente un deber de humanidad.

Vio que los labios de la alemana temblaban frenéticamente, y que sus facciones iban quedando blancas por minutos.

—Karl Battes debía morir —declaró, cerrando los ojos.

Bruce hizo un movimiento nervioso. Era preciso conservar

aquellas palabras, porque Edna no viviría lo suficiente para repetirlas en Washington, ni siquiera ante la Comandancia americana en Berlín. Pensó en el maletín que había junto a la puerta, y sus ojos brillaron.

—Sin duda la policía hizo cesar el funcionamiento del mecanismo —dijo a Lidia—. Aproxima el maletín y ábrelo.

Lidia obedeció, abandonando toda precaución. Bruce entendía aquello un poco menos cada vez.

—Bien, ahora ponlo en funcionamiento. Bastará apretar esa palanca.

Un levísimo murmullo, casi imperceptible, señaló que el mecanismo empezaba a funcionar de nuevo. Aquel murmullo cesó unos instantes después, haciéndose el más completo silencio.

—Ahora, el resto de la cinta graba todas nuestras palabras —indicó Bruce—. No sé cuál es su longitud ni si bastará para recoger una aclaración completa de los hechos. No sé tampoco si los policías alemanes que deben andar buscándonos, nos darán tiempo para ello. Aunque sea un poco ridículo advertirlo, deseo hacerte patente, Lidia, que lo que aquí suceda en los próximos minutos te puede perjudicar. Y que si esta mujer habla, yo llevaré el maletín a Washington aunque sea con una docena de balas bajo la piel. De modo que si quieres evitarlo, ahórrame trabajo.

Sus palabras eran un desafío. Había cerrado fuertemente la boca, y sus labios formaban ahora una línea seca y cruel. Lidia adivinó que estaba decidido a todo.

Dejó caer la pistola al suelo.

—Que diga lo que sepa —pidió.

Bruce puso su brazo izquierdo bajo la cabeza de Edna, levantándola ligeramente. La mujer tenía los ojos vidriosos, y no parecía ya mirar a ningún sitio.

—¿Cuál es su verdadero nombre? —preguntó Bruce.

—Margot Fisher. Soy alemana, y he hecho algunos trabajos para el servicio de información yanqui. Antes trabajé para mis compatriotas. Ahora lo hacía para ustedes, pero únicamente en misiones que tuvieran por objeto ayudar a la unificación de Alemania. Pequeños trabajos sin importancia. Eso fue lo acordado.

—¿Cómo conoció a Battes?

—Se preocupó él de que le conociera. Me necesitaba.

—¿No conocía usted a Lidia Bolden, a pesar de ser ella el enlace en Berlín?

Edna, o Margot como ya debían llamarla a partir de aquel momento, volvió ligeramente la cabeza para mirar a Lidia.

—No la había visto nunca. Pero Karl me habló de ella.

—No tenía por qué conocerme —aclaró Lidia—. Mi nombre sólo se facilita a determinados agentes.

Bruce seguía sosteniendo la cabeza de Margot, a la que procuraba interrogar con la máxima suavidad.

—¿Por qué Karl Battes le habló de ella?

—Porque la amaba.

Un silencio repentino, hosco, gravitó sobre los tres después de aquella frase. Bruce miró a Lidia con una extraña dureza; no supo por qué. Sus ojos hicieron daño a los de la mujer. Ésta entreabrió los labios, pero Margot se anticipó:

—Karl Battes amaba a Lidia. Quería huir con ella.

El brillo de los ojos de Bruce Sheridan se hizo hostil, aunque quiso dominarlo. Trató de mirar únicamente a Margot.

—¿Es cierto eso, Lidia?

—Sí.

Pesaban como plomo los párpados de Bruce, que mantenía la cabeza obstinadamente baja. Temblaba la mano bajo la cabeza de Margot Fisher, cada vez más blanca.

—Karl Battes era... un traidor.

Los ojos de Bruce fueron entonces hacia la cinta, que recogía aquella confesión inesperada y súbita, una confesión que cambiaba por completo el significado de las cosas. Pero aún no se atrevió a mirar a Lidia, volviendo los ojos al rostro de la moribunda.

—¿Qué pretendía?

—Parece ser que la Comisión de Actividades Norteamericanas del Senado preparaba un informe sobre algunos hechos suyos. Actividades dudosas, que podían perjudicarle. Antes de que eso llegara, y en contacto con alguien a quien no conozco, preparó un golpe... que le permitiera retirarse para siempre.

La voz de Margot era más vacilante cada vez, y aunque no se interrumpía, algunas de las palabras había que adivinarlas casi por el movimiento de los labios. Bruce estaba materialmente pegado a ella, recogiendo las menores inflexiones de su voz.

—Descanse, Margot.

—No tengo tiempo... de descansar. Ni quiero morir llevándome este secreto. Karl Battes había planeado una traición que no podía ser descubierta...

Se interrumpió brevemente, y respiró para tomar aliento.

—Traía un importante mensaje —continuó—, y esa persona a quien no conozco le convenció por medio de correspondencia cifrada para que redactara otro, con datos falsos. Ése es el que debía entregar en Washington; para el otro le sería fácil encontrar un opulento comprador. Además, parecía decidido a vender las instrucciones secretas de Washington, y los resultados que obtuviese en sus investigaciones durante un tiempo. Pero estaba tan loco por Lidia que...

—El mensaje grabado en el hotel, ¿es el falso?

—Sí. El auténtico lo llevaba en su cartera, escrito en papel de fumar. Al llegar a Berlín, Battes decidió que, para dar a sus jefes sensación de fidelidad, le convenía pedir auxilio diciendo que agentes enemigos le acechaban. Fue entonces cuando idearon en Washington lo del mensaje grabado en cinta. Yo debía colocar y retirar el aparato. Así lo hice, sabiendo que Battes leería ante él un informe falso. Confía en que cuando sus jefes se diesen cuenta, él ya estaría lejos... con Lidia.

Aquella pesadez de la que Bruce no podía liberarse le obligó de nuevo a bajar la cabeza, esta vez con un gesto de derrota.

—¿Estabas tú conforme, Lidia?

—No.

—¿Y te había él expuesto su plan?

—Punto por punto.

Había una especie de solemne seguridad en la voz de la muchacha.

—En este caso habla tú, Lidia. Margot debe descansar.

La moribunda tenía los ojos cerrados, y respiraba fatigosamente. Lidia, acercándose a Bruce, comenzó a hablar aprisa, como si deseara librarse cuanto antes del peso de su secreto.

—Todo estaría mucho más claro si yo conociese el nombre del que indujo a Battes a cometer esa traición, trazando con él el plan. Pero nada me dijo jamás sobre este punto. En concreto, ambos, esa persona ignorada y Karl Battes pensaban vender el documento

auténtico y repartirse los beneficios. Esa persona garantizaría a Battes la impunidad durante el mayor tiempo posible. Battes debería continuar en Berlín, recibiendo instrucciones que vendería a quien se las pagase bien. Ello aumentaría el fondo común, hasta que ambos hombres pudiesen huir. Sudamérica, Sudáfrica... Karl hablaba con frecuencia de esos sitios. Me conocía gracias a su cargo, y confiaba en que su dinero acabaría deslumbrándome... Cuando un hombre está enamorado, se vuelve el más estúpido de los animales, Bruce... pero a mi Battes me daba lástima. Quise convencerle. Nada tendrían contra él si no cometía esa traición. Habíamos hablado bastantes veces de ello, pues el golpe se preparó con tiempo. Incluso antes de su marcha a Extremo Oriente ya lo tenían planeado. Y buscó deliberadamente datos que pudieran interesar a otras naciones, además de a los Estados Unidos.

—Pero ¿no temía que tú le delatases?

—Corrió ese riesgo. Si yo no me marchaba con él, lo demás carecía de importancia, y para que nos marchásemos necesitaba hablarme... Yo intenté todos los recursos para disuadirle, ya que me repugnaba denunciarle, y además carecía de pruebas. Cuando llegó a Berlín, ya con el mensaje concluido, fui a verle a su hotel. Yo ignoraba que en la habitación estuviese ya esa máquina recogiendo todas nuestras palabras...

Bruce Sheridan asintió con un leve movimiento de cabeza. Empezaba a comprender.

—A tus acusaciones debió responder con frases incomprensibles...

—En efecto, dijo que no sabía de qué le hablaba, que yo estaba loca. Aquello me sacó de quicio. Tal vez dijo incluso alguna cosa incoherente. Él sabía que nuestras palabras estaban siendo grabadas, y no se comprometió. Yo le había amenazado desde el principio con una pistola, que luego guardé tratando de mostrarme conciliadora. Pero algo cambiaba en Battes mientras yo le acusaba. Intuyó que yo era un peligro; que no sólo no marcharía jamás con él, sino que intentaría delatarle. Lo comprendí a tiempo, y le obligué a que me entregara su pistola, guardándola. Al darse cuenta del sesgo que tomaban las cosas se arrojó sobre mí, y luchamos por unos momentos en silencio. Yo iba armada, y acabé con él en contra de mi voluntad. Luego sólo me preocupé de huir...

Margot intervino, jadeando angustiosamente:

—Sí, ésa es la verdad... Además, yo debía substituir a Battes cuando él marchase de Berlín, utilizando su nombre y su clave, como si él continuara aquí. Podían pasar meses antes de que los servicios americanos se diesen cuenta del engaño...

—¿Pero quién le daría órdenes? ¿A quién debería trasladar los resultados obtenidos?

—No... lo sé. Éste es un secreto que Battes se llevó a la tumba. Poco después de su muerte, recibí una orden en clave... anunciándome que un agente novato llegaría para recoger el mensaje. Yo debía hacer que muriera... a fin de que ese desconocido de Washington pudiese venir a Berlín y hacerse cargo del asunto. Por ello le di en el hotel aquella pistola con balas inservibles. Pero si no lograba matarle, debía dejarle investigar... y estar siempre sobre él. Convenía recuperar el mensaje auténtico que Battes llevaba, encima al morir —levantó la cabeza, haciendo un supremo esfuerzo—... y si usted me hacía el trabajo, mejor que mejor. Cuando le detuvimos en el tren, creí que todo había salido a pedir de boca. Pero aquellos estúpidos... ¡Ah! Eran unos desdichados... a sueldo. No podía exigirles más... Celebraré que ninguno de ellos... haya muerto...

Quiso decir algo más, y sus ojos brillaron desesperadamente, pero no consiguió articular una sola palabra. Poco a poco fue cerrando los ojos, y su boca, en cambio, se entreabrió unos milímetros.

—Ha muerto —dijo Bruce—. Detén esa máquina.

Lidia obedeció, cerrando el maletín con gestos maquinales. Bruce, entretanto, acababa de cerrar los ojos a Margot. La luz penetraba ahora en abundancia por la única ventana de la choza, y llovía más espaciadamente.

—Los policías alemanes no pueden estar lejos —indicó él—. Hemos de salir de aquí.

Cautelosamente, entreabrió la puerta. No se divisaba a nadie, y eso le sorprendió.

—No te sientas optimista —advirtió Lidia—. Habrán acordonado la carretera y la vía férrea, pidiendo perros a la población más próxima. Y si tenemos que huir a través de los campos, perderemos un tiempo precioso, además de hacernos sospechosos a los

labriegos.

—No obstante, hemos de intentarlo. Mientras llueva, ningún campesino saldrá de su casa, y tal vez lograremos pasar inadvertidos. Si nos damos prisa, estaremos ya lejos cuando lleguen los perros.

—Pero ni por tren ni por carretera podremos huir.

—Hemos de probarlo.

Asiendo el maletín, salió el primero de la cabaña, tras dirigir una última mirada al cadáver de la mujer. Lidia tenía los ojos húmedos, aunque hacía esfuerzos por dominarse.

—Si esa mujer no hubiese hablado —susurró—, el misterio habría permanecido inextricable. Y tú hubieras desconfiado siempre de mí.

Bruce, guardó silencio. No sabía qué responder.

—Claro que mi conducta no era precisamente la más adecuada para despertar la confianza de nadie, lo reconozco. Pero estaba asustada. De ir tú a Washington con ese maletín, ¿qué hubiese sido de mí? Nada de lo que hay grabado en la cinta constituye una prueba contra Battes, excepto la confesión de Margot. En cambio, los detalles de lo ocurrido aquella noche en el «Hotel Werdthof» estaban recogidos con absoluta fidelidad. Se me hubiese detenido acusándome de asesinato.

Caminaban los dos apresuradamente, procurando resguardarse de las miradas ajenas. Bruce, con una voz lejana e impersonal, opuso:

—El doble informe de Karl Battes te hubiese favorecido. Una vez en tus manos...

—Es posible. Pero, en primer lugar, yo no podía asegurar que Battes no se hubiese arrepentido en el último momento, y que el mensaje grabado no fuese auténtico. Si lo era, yo no tenía salvación. Si no lo era, mi posición era más que dudosa, puesto que esos informes difícilmente pueden comprobarse, y el fiscal podía haber alegado que Battes había escrito aquel nuevo informe en papel de fumar para desorientar a los agentes enemigos, caso de ser capturado por ellos. Podía haber alegado que ése era el falso, precisamente, y no el grabado en la cinta. Por tanto, yo necesitaba comparar esos mensajes y luego... es posible que me hubiese decidido por destruir ambas cosas. Sin esas pruebas nadie podía

nada contra mí.

—¿Y hubieses destruido ese informe que puede ser esencial para nuestro país?

Lidia pareció recapacitar.

—Al principio no quise hacerme esa reflexión. Estaba demasiado asustada. Pero es posible que, al fin, me hubiese decidido a enviar el mensaje auténtico como una simple carta anónima.

—Quiero hacerte una pregunta aún. Al ayudarme a rescatar ese maletín, ¿sabías lo que contenía?

—¿Saberlo? ¡Ni lo sospechaba siquiera! Cuando me dijiste de qué se trataba, casi me quedé muda.

—Y en el tren, ¿te diste cuenta de lo que sucedía?

—Me lo imaginé, pero ante todo pensaba en esconderte la pistola de Karl y en llevarme el maletín. Comprendo... comprendo que me porté como una cobarde. No sé si podrás perdonarme, Bruce.

Él la miró. Y de nuevo su mirada era limpia y cálida, despojada de toda pesadumbre. Lidia se sintió reconfortada.

—Perdóname.

—Cuando te echaste bajo las ruedas del coche de la policía, junto a la zona rusa, demostraste que no eras cobarde, Lidia. Aquello fue suficiente para que ahora no tengas que darme ninguna explicación.

La lluvia amainaba por momentos, y la luz se hacía más intensa. Bruce se fijó en que dejaban sus huellas claramente impresas en el barrizal.

—Seguirnos no les será tarea difícil, incluso sin necesidad de perros. Hemos de encontrar alguna salida pronto o nos atraparán.

—Pero ¿por dónde?

—Por la carretera. No veo otra alternativa.

A lo lejos, confundidos con el monótono golpear de la lluvia, oyeron ladridos de perros. Tanto Lidia, como Bruce tuvieron un estremecimiento. Los pastores alemanes son los mejores perros policía del mundo, y aquéllos les seguirían y darían con su rastro aunque hubiesen de estar persiguiéndoles durante un año entero.

—Han hecho las cosas bien —murmuró Bruce—. Sin precipitarse y metódicamente. Dentro de cinco minutos como máximo, los perros estarán aquí.

Lidia sufrió un estremecimiento.

—Y no podremos hacerles frente...

—Ni debemos intentarlo siquiera. Hay que hallar antes una solución.

La carretera no estaba lejos. Aun sabiendo a lo que se exponían, Bruce y Lidia enfilaron sus pasos hacia ella.

No tardaron en divisar un camión de transporte civil que avanzaba en dirección a Berlín. Bruce y Lidia hicieron señas para que se detuviese, y el conductor, recelando algo, apretó el acelerador al pasar junto a ellos, aun a riesgo de aplastar a la muchacha.

—¡Canalla! —rugió Bruce.

De un ágil salto, apoyando un pie en el guardabarros, se encaramó a la parte posterior de la carrocería. Allí, sentado sobre cajas de pescado, había un segundo individuo que se le arrojó encima. Bruce recibió la embestida cuando sólo había logrado poner un pie en el interior.

Manteniendo un difícil equilibrio, se sujetó a un lado de la caja con la mano izquierda, mientras con la derecha trataba de mantener a raya a su atacante. Éste le acometió con ambos puños al bajo vientre, haciendo uso del más innoble golpe que conocía. Bruce se inclinó hacia adelante, retorciéndose de dolor, y cayó al interior de la caja.

Su enemigo se arrojó sobre él pero, dueño de pocos recursos, no pudo evitar que uno de los pies del agente se hincara en su estómago. Ni pudo evitar tampoco salir proyectado fuera del camión, antes de tener tiempo para sujetarse a la pierna que le había golpeado. Quedó sentado en la carretera, con todo el cuerpo dolorido y sin saber aún qué era lo que acababa de ocurrirle. Para colmo de males, una angelical muchacha rubia se acercaba a él con una «German Luger» en la mano.

Por la ventanilla posterior de la cabina, Sheridan introdujo ambos brazos, y aferró con los diez dedos la garganta del conductor.

—Ahora vas a hacer un viraje redondo, amigo. Y enseguida, o yo apretaré un poquito más los dedos. Así, ¿te gusta?

El conductor lanzó un gemido, abriendo espasmódicamente la boca. Y aunque mal, hizo dar al camión una media vuelta completa en la amplia carretera.

Un minuto después, y ante la amenaza de la pistola de Lidia, el conductor abandonaba el camión, dejando a Bruce la chaqueta de piel y sus documentos.

—Ocúltate entre las cajas, Lidia. Yo conduciré.

La muchacha obedeció, y momentos después se perdían por una carretera secundaria.

—La policía no tardará en aparecer, y esos hombres les darán todos los detalles —chilló Lidia a través de la ventanilla posterior—. ¿Qué haremos entonces?

—No podíamos matarlos —gritó también Sheridan, intentando ahogar el ruido del motor—. Aun golpeándoles para que perdiesen el conocimiento y ocultándolos, los habrían encontrado los perros. Es necesario correr el riesgo. ¿Conoces tú este camino?

—No, pero debe ser un ramal de la carretera principal, en la que desembocará unas millas más abajo. Si no hay interrupciones, podemos estar en Berlín dentro de tres horas.

—No vamos a Berlín. Nos detendremos en el primer puesto militar americano. Es preciso que tú me garantices para que hagan posible nuestro regreso a Washington. ¿Tienes alguna credencial?

—Yo sí, Bruce. Y mi obligación consiste en no separarme de ella.

El joven, mientras intentaba obtener del motor el máximo rendimiento iba pensando en los últimos sucesos. Creía ver clara ya la idea de Battes y de su misterioso aliado: vender aquel informe y cuantas instrucciones secretas pudiesen serles transmitidas. Battes, deseando retirarle inmediatamente después del primer golpe, no había transigido con ello, pidiendo que, en todo caso, Margot ocupase su vacante. Por ello a Berlín no podía ir un hombre como Rawlins. Rawlins conocía a Battes, habían estado en la guerra juntos; ¿no sentiría, por tanto, la curiosidad de verle? «Extraña situación», pensó Sheridan. Rawlins se hubiese inquietado al no encontrar a Battes en Berlín, sabiendo que éste debía permanecer en la capital hasta recibir nuevas órdenes. Hubiese, incluso, sospechado algo. Por tanto, el que envenenó a Rawlins era el mismo aliado de Battes. El mismo que había procurado que a Berlín fuese el más novato entre los novatos, un agente que sólo tuviera deseos de cumplir cuanto antes su misión sin hacer ninguna clase de averiguaciones. Un novato como él, Bruce Sheridan... Se mordió los labios.

En el empalme de aquella carretera secundaria con la principal, había un puerto militar de control americano. Aceleró.

«No hemos averiguado gran cosa —se dijo—. En realidad, he cumplido la parte fundamental de mi misión, y sé que Lidia es inocente. Pero la cabeza del enigma sigue existiendo. ¿Y esa cabeza?, hay que encontrarla en Washington...».

CAPÍTULO VIII

WASHINGTON

El avió militar tomó tierra en la pista con cierta precipitación, y tanto Bruce como Lidia, que estaban en pie junto al piloto, tuvieron que sujetarse para no caer.

—Es mi primer vuelo trasatlántico, y no veía el momento de terminarlo —aclaró el piloto, una vez hubo tomado tierra—. Han volado ustedes con un novato, amigos.

Aquella palabra hizo que Bruce se mordiera los labios. Él también había hecho por primera vez la travesía del Atlántico, de regreso a la Patria. Y, al contrario del piloto, su misión no había terminado aún: en aquellos momentos empezaba la parte peor de ella.

Descendieron pausadamente, echando a andar por una de las pistas. Iban los dos vestidos con ropas militares, que no les sentaban demasiado bien, pero al menos se sentían secos y limpios.

—Tu trabajo ha concluido, Bruce —susurró Lidia, pegándose a él—. Te encargaron recogieses el informe de Karl Battes, y lo has hecho pese a todas las dificultades. Si resulta que ha habido algo sucio en todo esto, encargarán a otro agente para que lo investigue. Tal vez al

F. B. I.

Pero tú no necesitas arriesgarte más.

Había cierta ansiedad en la voz femenina. Una ansiedad que sorprendió a Bruce, conmoviéndole un poco también. Miró a Lidia, y entonces se le hizo más patente que nunca, que algo había cambiado en ella; ya no era la muchacha endurecida, situada entre la vida y la muerte, que había conocido en Berlín. Ahora le recordaba aquella niña a la que él regaló años atrás una muñeca.

Sus dedos se cerraron fuertemente sobre el asa del maletín para evitar que el brazo fuese al encuentro de la cintura de Lidia.

—Haré lo que pueda por resolver este misterio —aclaró—. Naturalmente, en el momento en que se me releve ya no podré intervenir, aunque quisiera...

—Espero que te releven pronto —cortó Lidia—. Muy pronto.

Como si el destino hubiese acordado cumplir inmediatamente el deseo formulado en las palabras de Lidia, dos hombres salieron en aquel momento a su encuentro desde uno de los edificios del campo.

Bruce conocía a uno de ellos. Un tipo envejecido y sombrío, amigo solamente de jugar interminables partidas de ajedrez durante las noches, y que pertenecía al

F. B. I.,

desde los primeros tiempos de Hoover. Ahora tenía un aspecto más envejecido, más triste y más reflexivo que nunca. Le acompañaba un gigante de hombros más anchos que los de la estatua de la Libertad, dueño de unos ojos fríos e insolentes que no se apartaban del rostro de Bruce.

Éste se detuvo al verles venir directamente hacia él, entre sorprendido y receloso.

—Malos días, Bart —dijo, dirigiéndose al más viejo—. ¿Es que vienes a pasear por los aeródromos cuando no sabes qué hacer?

La cara del tío de los hombros anchos no le gustó. Se puso inmediatamente en guardia.

—No intentes darnos trabajo, Bruce —gruñó Bart—. Venimos por ti, ya debías habértelo imaginado.

—¿Imaginarlo? ¿Por qué?

Sheridan no salía de su asombro.

—Tienes mala memoria, Bruce. ¿No tumbaste a un sargento en la Comandancia de Berlín?

—¿Yo? Sí... es cierto. Pero eso, ¿qué tiene que ver?

—Hay una denuncia presentada contra ti, y sufrirás un interrogatorio. Solamente se trata de eso. Los tipos que os llevaban en el avión ya lo sabían, y nos avisaron por radio vuestra llegada.

—¡Hum! Soy más inocente de lo que creía. Toma tú el maletín, Lidia.

La muchacha contemplaba la escena con ojos vidriosos.

—No me gusta esto, Bruce.

Bart se rascó la barbilla pensativamente.

—Mira, Bruce, no perdamos más tiempo. Tengo que procurar que seas interrogado cuanto antes; lo demás no me importa. Es, a lo sumo, cuestión de veinticuatro horas.

—¿Y quién ha presentado la denuncia?

—¡Hum! La cosa viene desde Berlín. Y es posible que aquí haya habido también alguien interesado en aclarar las cosas. Y, a todo esto, yo no he venido aquí a hablar contigo, Bruce. Vamos.

El de los hombros anchos puso sobre Bruce una manaza inmensa, apretando de tal modo que casi descoyuntó su clavícula. El joven se le quedó mirando con una sonrisa medio burlona.

—Oiga, amigo: ¿es que acaso cree que yo soy el que raptó al hijo de Lindbergh?

—No hagas caso, Bruce —gruñó Bart, sin dejar de frotarse la barbilla—. Es un novato.

—¡También yo lo soy, por todos los diablos! ¡Empezaré a creer que tú eres el único veterano que queda en esta tierra! ¿A dónde tienes que llevarme?

—A casa.

«Casa», en el argot de los profesionales, era la oficina central del F. B. I.

Bruce puso el maletín en manos de Lidia, y la miró fijamente. La muchacha seguía teniendo unos ojos vidriosos, extraños, que miraban a todas partes recelosamente.

—Mucho cuidado con él, Lidia. Entrégalo directamente a Caldwell. No pierdas un minuto.

Las facciones de la muchacha se habían vuelto blancas, pero tomó el maletín con firmeza y decisión.

—Nos costó mucho traerlo hasta aquí, Bruce. No lo dejaré perder.

Se dieron la espalda rápidamente, echando a andar cada uno en dirección opuesta. Bruce, entre el gigante y el meditabundo Bart, trató de reflexionar sobre aquello, mientras caminaban.

No era extraño lo del interrogatorio, pues reconocía haber cometido una grave falta. Lo curioso era que las cosas se hiciesen con tal severidad, sin dejarle concluir su misión. Claro que ya quedaba Lidia para ultimarla, pero...

También era anormal que el interrogatorio no lo efectuaran sus mismos jefes, con la asistencia de un representante del Ejército. ¿Acaso desapareció de la Comandancia de Berlín algo importante, mientras él atacaba al sargento? ¿O acaso alguien había organizado todo, aquello, aun sabiendo que luego se aclararía, para ganar un par de horas y encontrar a Lidia sola? La enunciación de aquella simple posibilidad hizo que sintiera un alfilerazo en los nervios.

—Tenemos ahí fuera un coche con barrotes en las ventanillas y cámara de gas para ejecutarte directamente, si es que te pones tonto —gruñó Bart—. Y a propósito: ¿querrás jugar una partidita de ajedrez conmigo?

—Yo lo que quiero es acabar pronto con esto, Bart.

Salieron del aeródromo, dirigiéndose a un «Pontiac» azul que aguardaba a poca distancia. El de los anchos hombros condujo de mala gana, sintiendo abandonar la vigilancia, directa que ejercía sobre Bruce. Bart se sentó al lado de éste, con una expresión de infinito aburrimiento.

—¿Qué te ocurre? ¿Es que te han rebajado el sueldo? —bromeó Sheridan.

—¡Bah, no es eso! Sencillamente, estoy aburrido de hacer siempre lo mismo. Además, en todas partes temen mi charla, y me veo obligado a hacer solitarios con el ajedrez. De vez en cuando me gustaría algo nuevo. ¿Por qué no te escapas y nos entretenemos persiguiéndote un poco?

Bruce respiró fuerte.

—No repitas eso, Bart. Podrían entrarme ganas.

Lidia, entretanto, había tomado un taxi, dirigiéndose a una cercana casa de modas. Había allí vestidos confeccionados, a buen precio. Compró un traje sastre gris, que realzaba su figura, y unos zapatos. Ante las miradas un poco atónitas de las dependientas que la sirvieron, dijo que había sufrido un accidente.

Sin separarse un momento del precioso maletín, tomó el mismo taxi y pidió al conductor que la llevase a la estación. A los cinco minutos estaba, en un tren de los que efectúan el enlace con Washington.

Llegó al mediodía, dirigiéndose a la pensión en que solía hospedarse durante sus estancias en la capital. Era una casa particular muy discreta, y donde se sentía a gusto. *Miss Wray*, la

dueña, no pareció muy sorprendida al verla llegar.

—Celebro verla otra vez entre nosotros, Lidia. ¿Va a estar muchos días aquí?

—Si puedo, uno solamente. ¿Puede darme la habitación de los espejos?

—La alquilé ayer a un pintor, porque es la que tiene más luz. Pero puedo darle la contigua; es también muy bonita.

Lidia estaba cansada, y se dejó conducir. Una vez sola, se tendió en el lecho cuan larga era, respirando fuertemente. Una agradable sensación de bienestar le recorrió la espalda.

Ya estaba de regreso en Washington, y todo había concluido. Lo de Bruce sería cosa de veinticuatro horas, tal vez menos. Y entonces podrían volver una tarde juntos a Nueva York, pasear solos por el Riverside y hablar... La sensación de felicidad que en estos momentos embargaba a Lidia se hizo más intensa. Tendiendo los brazos hacia arriba, cerró los ojos.

De repente se le ocurrió pensar que *Miss Wray* no había denotado la menor sorpresa al verla, pese a que su ausencia, esta vez, había sido larga. ¿Por qué? Claro que este detalle no tenía la menor importancia, pero, pese a comprenderlo así, y por más esfuerzos que hizo, no pudo arrancarlo de su pensamiento. Al fin, levantándose, fue al comedor.

—¿Le ha dicho alguien que yo vendría hoy, *Miss Wray*? —preguntó.

La mujer tuvo para ella una ancha sonrisa de comprensión y simpatía.

—Debe usted tener a alguien al borde del suicidio, Lidia. Un hombre telefoneó ayer, y ha vuelto a llamar hoy. Me pidió le avisara en cuanto llegase. —Y ya lo he hecho.

—¿Que le avisara? ¿Y sin dar su nombre?

—Lo dio; de lo contrario yo no habría cumplido el encargo. Se llamaba Jonás Luck, o algo parecido. Sí, eso es... Jonás Luck.

—No conozco a nadie con ese nombre, *Miss Wray*. Deme inmediatamente el número de teléfono a que usted acaba de llamar.

La expresión del rostro de la mujer cambió súbitamente.

—Lo tengo aún aquí, Lidia. Lo apunté en el calendario. ¿Es que... ocurre algo?

Lidia tomó nota mental del número, y llamó al departamento de

Información. Allí le aclararon que ese teléfono pertenecía a una casa situada en las afueras de la ciudad, y que el abonado era un tal Jonás Luck.

Mientras daba las gracias, Lidia colgó lentamente el auricular.

—Jonás Luck... Luego ese tipo existe. Pero ¿para qué quiere verme? ¿Y cómo sabe que yo me hospedo normalmente aquí?

Sin decir palabra, y dejando a *Miss Wray* con la misma expresión perpleja que si se hubiese marchado sin pagarle, Lidia volvió a su habitación, tomando asiento en el lecho. Lo primero que se le ocurrió fue salir inmediatamente para la casa de aquel misterioso Luck, pero... ¿y el maletín que tanta sangre costara? ¿No sería aquello una aña-gaza para que precisamente fuese a la casa con él? ¿Para que precisamente se metiera ella en la boca del lobo? ¡Una casa en las afueras de Washington! Lidia sintió un escalofrío. Claro que también podía ir sin el maletín, pero... ¿podía confiar a *Miss Wray* una cosa que valía tanto? ¿No entraría también en los planes de aquel misterioso Luck hacer una incursión por allí en cuanto ella saliese?

Aunque quizá no existiese engaño, pensó; aquel individuo no había ocultado su nombre...

Tensó las piernas, nerviosa, mientras entrelazaba los dedos. Lo más prudente, el término medio entre aquellos dos extremos del problema, era esperar. Jonás Luck daría señales de vida en cuanto viese que ella no se movía de allí, que no reaccionaba. Y ella le aguardaría con una pistola cargada, con una «German Luger» que ya había servido para matar a un hombre...

La extrajo para examinar el cargador. Todo perfecto. El cañón brillaba como un presagio. La volvió a guardar, y se tendió en el lecho.

Una hora más tarde, *Miss Wray* llamó discretamente a la puerta.

—Un caballero desea verla —anunció, apenas hubo entrado—. Es una persona muy distinguida y correcta. Ha dado el nombre que le dije antes: Jonás Luck...

Lidia se estremeció, poniéndose rápidamente en pie.

—Gracias. Hágale pasar enseguida.

La pobre *Miss Wray* iba de sorpresa en sorpresa.

—Pero si hace una hora me dijo que no le conocía...

La muchacha recogió el bolso. Allí reposaba la «Luger». Lo abrió

y cerró rápidamente, para cerciorarse de su tranquilizadora presencia.

Unos pasos suaves sonaron en el pasillo. Luego, dos golpes discretos en la puerta. Lidia echó la cabeza hacia atrás.

—Adelante.

Todos sus nervios estaban en tensión, todos sus sentidos alerta, prestos a actuar a la menor señal de peligro.

Sin embargo, cuando vio la figura que se recortaba en el umbral, estuvo a punto de lanzar una carcajada, llamándose estúpida a sí misma. Entonces lo comprendió todo. El hombre que acababa de entrar era Calahan, el jefe de su grupo. Lucía la más amable de sus sonrisas.

—Celebro que haya usted vuelto con salud, Lidia.

Calahan siempre decía lo mismo. Aquélla era su frase habitual: «Celebro que haya usted vuelto con salud». Como si tuviese en gran estima la piel de sus subordinados. Pero todos sabían que esto último no era verdad.

—Empezaba a sentirme inquieta —dijo Lidia, suspirando aliviada—. Ese misterioso Jonás Luck había comenzado a electrizarme los nervios.

—Cosa lamentable en una agente experimentada como usted, Miss Bolden. ¿Cómo no adivinó antes de qué se trataba?

—No... no lo sé. Han pasado tantas cosas últimamente, que empiezo a necesitar un descanso. Estaba perfectamente convencida de que esto ocultaba algo peligroso. Le ruego que me perdone, *Mr.* Calahan.

Éste sonrió otra vez, cerrando la puerta. Al hacerlo, dejó al descubierto el maletín, que miró atentamente.

—Misión cumplida, supongo —apuntó.

—En efecto, *Mr.* Calahan, misión cumplida. No sin dificultades, claro está, pero todo se ha resuelto bien. Le ruego de nuevo que me perdone por mis estúpidos temores. Y tome asiento, por favor. Esta habitación no es la que ocupo habitualmente, pero...

Calahan la interrumpió con un ademán amistoso.

—No podemos perder tiempo, Lidia. El mensaje que Karl Battes llevó hasta Berlín puede ser de una importancia decisiva para todos nosotros. Debemos trasladar la cinta a un lugar donde pueda estar segura, y donde podamos oírla. Naturalmente, usted me

acompañará. Su misión no concluye hasta que el mensaje quede archivado y nuestros superiores enterados de su contenido.

—Bien, *Mr.* Calahan. ¿Y dónde vamos a ir?

—A un lugar donde está esperando ya *Mr.* Caldwell. Allí escucharemos el contenido de la cinta, trasladándonos luego al Departamento de Estado.

Lidia estaba tan acostumbrada al lujo de precauciones y a las aparentes excentricidades con que trabajaban sus superiores, que aquello le pareció completamente correcto. Precisamente para uno de sus primeros servicios, durante la guerra, había tenido que reunirse con otro agente en las alcantarillas de Nueva York, cosa que luego se demostró era perfectamente necesaria. Y desde entonces, Lidia no hacía preguntas inútiles.

Abrochándose la chaqueta, aguardó a que Calahan tomara el maletín.

—Es usted a quien corresponde —dijo el hombre, al darse cuenta de ello—. Yo no puedo poner las manos en ese maletín mientras su misión no haya concluido.

—Agradezco su deferencia.

Salieron juntos, ante la mirada atónita de *Miss* Wray. En la calle aguardaba el «De Soto» particular de Calahan.

Momentos después sallan de Washington por una carretera secundaria. Lidia, apoyándose completamente en el respaldo del asiento, cerró los ojos, tranquilizada. Todo había marchado bien, y dentro de dos horas podría considerarse libre. Incluso habría evitado molestias a Bruce; cuando él saliese del

F. B. I.,

ya todo estaría resuelto.

Fue al recordar a Bruce cuando cesó aquella tranquila armonía que hasta entonces habían guardado todos sus pensamientos. Calahan sabía que el encargado de aquella misión era Bruce, no ella; abrió un ojo y miró a su acompañante; conducía con tranquilidad, sereno, mirando la cinta blanca de la carretera. Pero cuando Calahan se volvió un momento, vio aquel ojo de Lidia clavado en su rostro. Una leve sonrisa apareció en sus labios.

—Se me ha ocurrido pensar —dijo Lidia— que usted debió haber buscado a Bruce, no a mí.

—Pregunta digna de un veterano en el oficio. ¿Pero acaso no

sabe que Bruce Sheridan debe ser sometido a un interrogatorio?

—Dos hombres del

F. B. I.,

le ordenaron delante de mí que les acompañase. Y el procedimiento no era el más normal.

—Creo que ha habido aquí una confusión, perfectamente explicable, porque ante un caso así quieren intervenir todos los departamentos de investigación, considerando que es a ellos a quienes compete. Pero la cuestión no tiene importancia, porque dentro de dos horas estará resuelta.

—Bien, pero ¿cómo lo sabía usted?

Calahan pareció un poco molesto.

—El puesto militar que hizo posible su vuelo desde Alemania hasta aquí, cablegrafió cuando ustedes emprendieron el regreso. Yo lo supe, naturalmente. Y también supe que se había dado orden de interrogar a Sheridan a causa de su conducta en Berlín. Por eso, a fin de no perder tiempo, vine a buscarla directamente a usted.

—Lo comprendo perfectamente. Discúlpeme, *Mr.* Calahan.

El «De Soto» se detuvo ante una casa aislada, con jardín, que recordó vagamente a Lidia la que ella ocupara en la capital alemana. Calahan echó el freno de mano.

—¿Hemos llegado?

—Sí. Ahí dentro aguarda *Mr.* Caldwell.

Descendiendo del coche, atravesaron en silencio el jardín. La casa estaba silenciosa como una tumba, y parecía sombría y misteriosa. De no llevar a Calahan a su lado, Lidia hubiese sentido miedo.

Entraron en la casa, cuya puerta abrió Calahan con un complicado llavín. Un hombre alto, delgado, vestido con ropas oscuras, salió a su encuentro. Aquel hombre tenía en sus ojos una expresión espantosamente fija.

—Éste es Jonás Luck, el propietario de la casa —indicó Calahan, sin demasiados preámbulos—. Vamos a escuchar el contenido de la cinta.

Penetraron los tres en una habitación sin ventanas, pequeña, con una mesa y varias sillas como únicos muebles. Calahan abrió el maletín y extrajo la cartera y demás efectos personales de Battes, sin prestar demasiada atención a ello. Sacó luego la cinta,

colocándola en un amplificador adosado a la pared.

—Siéntese, Lidia —pidió.

La muchacha lo hizo, seguida por los ojos de Jonás Luck, que se habían posado en ella como dos ventosas de las que no pudiera librarse. Sintió en su espalda el contacto duro y hostil de la silla. No se sentía bien allí, tenía frío. Un frío tan extraño como la ausencia de *Mr. Caldwell*. Un frío que le crispaba los nervios.

—Tú sabes que aquí hay un error fenomenal —dijo Bruce al petrificado Bart—. Cuando dos o más Departamentos quieren entender en un mismo asunto, lo mejor es no obedecer a ninguno de los dos. ¿Para qué diablos queréis vosotros interrogarme?

—Sin duda porque alguien tiene que hacerlo. Y por si en tu conducta hubo delito común, en cuyo caso tenemos que instruir expediente. Pero no sé a qué vienen ahora esas monsergas y ese miedo. ¿Es que pensabas cenar con aquella chica?

Bruce no contestó a aquella pregunta, sino que hizo otra relacionada con ella.

—Supongo que a la hora de cenar estaré libre, ¿no es así, Bart?

—No lo sé. Puede que tengan que pedir un permiso especial para interrogarte, en cuyo caso la broma durará bastante. Cuatro horas, cinco...

—¡Eso es absurdo, Bart! No me importa volver para que me interroguen, pero necesito esas tres o cuatro horas para terminar una misión. Las necesito para...

—¿Para dejar sin sentido a otro sargento?

—No estoy bromeando ahora. Déjame marchar, Bart, y volveré cuando tú me digas.

—No puedo hacerlo, Bruce, aunque quisiera. Sé que volverías, pero las órdenes son las órdenes y...

Bruce dio media vuelta, tomando asiento junto a la ventana. Cualquier cosa antes que soportar una de las retahílas de Bart. Éste, encogiéndose de hombros, tiró del cajón central de su mesa, y extrajo un pequeño tablero de ajedrez.

Estaban ahora en uno de los despachos del grupo de Bart, y Bruce sabía que le molestarían lo menos posible, pero no por eso dejaba de sentirse inquieto. Miró, a través de la ventana, los relieves de los edificios de Washington, bajo cualquiera de los cuales estaría ahora Lidia intentando dar fin a su empresa. Bart había colocado

unas piezas sobre el tablero, y empezaba a ensayar jaques con aspecto soñoliento.

—Tengo una misión que cumplir, Bart —argumentó—. No se puede perturbar mi trabajo con cualquier pretexto.

—No estás en territorio enemigo, Sheridan. Quien quiera verte, puede venir aquí. Y además aquella chica puede concluir el trabajo. ¿No lo hacíais juntos?

—Sí, es cierto, pero puede necesitar mi ayuda. Y nosotros siempre estamos en territorio enemigo, Bart. Tú, si quisieras, podrías...

—No insistas, Bruce. Está fuera de mis atribuciones.

Bruce dio media vuelta otra vez, y se abismó en la contemplación del paisaje que se divisaba a través de la ventana. Transcurrió media hora, durante la cual apenas pudo reprimir la excitación de sus nervios. Bart seguía moviendo parsimoniosamente, las piezas de ajedrez.

En aquel momento sonó el dictáfono anunciando a Bart que Bruce Sheridan sería interrogado dentro de dos horas.

—¡Dos horas! —clamó el joven, alejándose de la ventana—. ¿Qué diablos voy a hacer aquí durante todo ese tiempo? ¿Sacar dibujos de tu cara?

—Eso no es cuestión mía —gruñó Bart, volviendo a encogerse de hombros.

Bruce, de repente, tuvo una idea.

—¿Y si juego una partida de ajedrez contigo? Vamos a plantear las cosas limpiamente, Bart. Si pierdo, callaré hasta que me interroguen, y no volveré a martirizarte los oídos. Pero si gano, tú me dejarás una hora en libertad. Antes del momento señalado para el interrogatorio, yo estaré aquí de vuelta. Nada puedes perder. Tienes mi palabra de que volveré. ¿Hecho?

Bart se mordió los labios. Tenía tantas ganas de jugar con alguien, que no lo pensó demasiado.

—Hecho —dijo.

Bruce se sentó a la mesa, poniendo las piezas rápidamente en orden.

Tenía que jugar y ganar la partida en cuarenta y cinco minutos o una hora, como máximo, pues de lo contrario no le quedaría tiempo para nada. Y Bart era un rival temible. Pero él tenía que ganar,

tenía que ganar forzosamente, porque empezaba aquella partida con la angustiosa sensación de que en ella se jugaba la vida de Lidia.

El amplificador empezó a emitir sonidos, y Lidia se encogió más en su silla. Aquélla era la voz lejana y fría de Karl, el hombre, a quien ella había matado. Parecía llegar hasta ellos desde un lejano y oscuro planeta.

Transmitía un mensaje, un mensaje que Lidia sabía ahora era completamente, falso. Calahan lo escuchaba con ojos de indiferencia y sin apartar la mirada de un mismo punto de la pared.

Luego se oyó la voz de la misma Lidia, que sonaba aguda e irritante como la de una mala actriz. Amenazaba a Battes y éste contestaba con monosílabos, con frases que carecían de sentido. Calahan dirigió una mirada circular a la habitación y sus ojos se detuvieron en Lidia.

Cortó la marcha de la cinta.

—¿Vio usted a Battes antes de que lo matasen? —preguntó con voz seca—. ¿Reconoce ser usted la que habla a través de esa cinta?

—Sí, lo reconozco. Y no sólo vi a Battes antes de su muerte, sino que le maté yo misma.

Calahan tragó saliva lentamente, mirándola con sus ojos grises.

—¿Se da cuenta de lo que dice?

—Cuando traje el maletín a Washington, sabía que iban a hacerme esa pregunta. Y sabía que no me iba a ser posible mentir, pues todo lo ocurrido en la habitación del «Werdhof» fue recogido por esa cinta. Si lo hace continuar unos minutos más, oíré el disparo y hasta es posible que el estertor de agonía de Battes. En estas condiciones no me queda más remedio que repetir mi confesión: yo maté a ese hombre... y usted también lo hubiese hecho.

—¿Yo? ¿Acaso cree que pretendo reducir el personal del Servicio usando esos procedimientos?

—Battes era un traidor —silbó Lidia.

Los hombros de Calahan parecieron alzarse un poco. Inhaló aire con un ademán de suficiencia.

—Supongo que podrá probar eso, *Miss Bolden*.

—No hubiese venido hasta aquí en caso de no poder probarlo. En la cinta está grabada también la confesión de Margot Fisher, cuya voz debe estar registrada en el Departamento, pudiendo demostrarse su autenticidad en el instante preciso. En ella reconoce

su complicidad en el plan de Battes, y revela los proyectos de éste y de su desconocido jefe.

—¿Puede esa mujer aseverar su confesión?

—No, porque está muerta.

Calahan volvió a inhalar aire sin apartar su mirada del rostro pálido y de los abiertos ojos de Lidia.

—En tal caso, un jurado puede creer que se la obligó a confesar bajo violencia. ¿Quién puede aseverar que las declaraciones se realizaron espontáneamente?

—Bruce Sheridan.

—¿Qué hacía allí?

—Huíamos ambos de la policía occidental alemana. Tuvimos que rescatar de sus manos el maletín con el mensaje de Battes.

—La declaración del agente Sheridan puede ayudarla, pero se puede suponer también que ambos estaban de acuerdo para obtener algún provecho de la situación.

—¿Qué clase de provecho?

Calahan hizo con el brazo un gesto amplio.

—Esta clase de mensajes suele valer muchísimo dinero. Ustedes pudieron arreglar la escena, después de haber robado a Battes el auténtico que llevaba encima.

Los nervios de Lidia sufrieron una sacudida, haciéndole tensar las piernas.

—¿Cómo pudimos ponernos de acuerdo? ¿Olvida usted que Sheridan fue designado para esa misión por usted mismo, y que llegó a Berlín después de la muerte de Battes?

Calahan pareció reflexionar.

—Sí, es cierto, pero... Tal vez usted, que había robado el mensaje, pudo inducirle luego a faltar a su deber.

La muchacha dio un salto hacia la puerta, mientras trataba de sacar la «Luger» de su bolso. Hubo en su gesto una fulminante rapidez y una decisión rabiosa.

Brilló el cañón entre sus dedos, mientras hacía fuego contra Calahan. La bala rozó el hombro de éste, y la mano huesuda de Jonás Luck se cerró como un garfio sobre la muñeca de la joven. Lidia quiso morder la piel amarillenta, quiso patear el aire con una furiosa desesperación. Calahan se arrojó sobre ella sujetándola por la garganta, mientras Luck retorció salvajemente su muñeca. Con

los ojos desorbitados, Lidia cayó de rodillas. De su garganta brotó un agudo estertor.

Calahan abofeteó su rostro dos veces con el dorso de la mano. Lidia quiso escupir, y el puño de Luck se aplastó contra sus labios, haciéndolos sangrar.

Volviéndola de espaldas, Calahan le ató las manos con su propio cinturón. Luego, con el pie, igual que haría con un fardo, le dio media vuelta.

—Este intento de fuga equivale a una confesión, *Miss Bolden* —rugió—. Quiso huir ante la simple enunciación de mis sospechas. Y no sólo eso, sino que quiso matarme. Creo que la silla eléctrica será un blando castigo para usted y su amiguito. ¿Qué pretendía, loca?

Lidia no dejó de comprender que lo mejor era ser prudente y mantenerse en un obstinado silencio. Si hablaba, ninguna esperanza tendría de salir viva de allí. Pero no pudo contenerse. Habló a través de sus labios sangrantes, con una audacia y una rabia impropias de su edad y de su sexo. Con la misma audacia que habría empleado Sheridan para desenmascarar a un traidor. Con la valentía que la impulsó a acudir a la habitación de Battes, metiéndose en la boca del lobo con tal de aclarar la peligrosa situación, Lidia habló. Sus palabras eran secas como latigazos, insultantes como una bofetada en pleno rostro. Habló con todos los nervios en tensión, mientras sentía estremecerse, los músculos a lo largo de su cuerpo.

—He intentado huir para no respirar el mismo aire corrompido que usted, Calahan. Para denunciarle inmediatamente como traidor y mercader de vidas y de sangre. ¡Usted es el misterioso personaje a quien se menciona en el informe! ¿Cómo, si no, sin haber terminado de oírlo, conocía la existencia de dos mensajes? He sospechado al ver que no estaba Caldwell aquí, pero he tenido la absoluta certeza de que usted es un perro cobarde al oírle hablar de los dos mensajes. Por eso he intentado huir, después de cribarle la piel. Lo mismo que usted hará ahora conmigo, Calahan. Ha tenido un descuido al hablar, ¿verdad? Se le ha soltado la lengua, y eso siempre se paga en nuestro oficio. A mí se me está soltando ahora, pero no importa. Bruce Sheridan está vivo. Él le ajustará las cuentas, Calahan. ¡Él vendrá hasta aquí, atravesando estas sucias paredes, y les ajustará las cuentas a los dos!

Calló, jadeando, al ver que se movía el pie de Calahan. Gimió al aplastarse contra su rostro la puntera del zapato. Jonás Luck le propinó también un brutal puntapié en la cadera derecha. Lidia chilló.

—¿Dónde está el informe auténtico?

—Vale millones, ¿verdad? Y le interesa recuperarlo. Lo venderá a quien mejor se lo pague, como pensaba vender los informes secretos que Margot Fisher le transmitiera desde Berlín, usurpando la personalidad de Battes. ¡Pero esto no lo conseguirá, Calahan! ¡Es Bruce Sheridan quien lo tiene! ¡Ya no podrá arrancárselo! No pod...

Un nuevo puntapié se aplastó contra su cuerpo. Lidia se encogió en un espasmo de dolor.

—Bruce Sheridan caerá como un pajarillo en la trampa —dijo cariñosamente Battes—, y soltará lo que lleve encima. Ahora lo que me interesa es deshacerme de usted y de este maletín con la confesión de Margot. ¡Ayúdame a levantarla, Jonás!

Entre los dos la pusieron en pie violentamente, arrinconándola contra una pared.

—Voy a simular un accidente, Lidia. Usted morirá y yo sufriré algunos rasguños. El maletín y la cinta desaparecerán quemados. Lo lamento por mi coche, pero no hay otro remedio.

A empujones, la sacaron al exterior. La luz empezaba a decrecer, y ningún coche pasaba en aquellos momentos por la carretera secundaria. El «De Soto» seguía ante la casa, y penetraron en él. Lidia fue colocada a empellones en el asiento delantero, entre los dos hombres.

—¿Piensa incendiar el coche? —preguntó Lidia—. El procedimiento no es muy original.

—En efecto, no lo es, pero resulta eficaz. Sobre todo si se tiene asegurado el automóvil. Lo despeñaré, y luego procederé a incendiarlo. Naturalmente, usted estará dentro... y tal vez con sentido.

Lidia se estremeció. Sabía que aquel hombre decía la verdad.

—¿Por qué empezó esto, Calaban? ¿Tanto ha llegado a cegarle la ambición? ¿No hubiese usted llegado a ocupar un puesto destacado, obrando con dignidad?

La media sonrisa de Calahan tenía algo de amargo.

—Soy ambicioso, cierto, pero por el simple afán de ganar una

fortuna no me habría embarcado en esta empresa. La comisión de actividades antiamericanas me considera un funcionario dudoso, y mi caso está en estudio. También lo estaba el de Battes. Eso nos unió.

El coche se puso silenciosamente en marcha. Lidia se destrozaba las muñecas tratando inútilmente de liberar sus manos. Luck, al advertirlo, le echó violentamente la cabeza hacia atrás, tirándole de los cabellos.

Observó que aquel siniestro personaje no había dicho aún una palabra, y le miró con curiosidad, aunque sin ocultar su desprecio.

—Tiene las cuerdas vocales destrozadas —aclaró Calahan—, aunque puede pronunciar algunas palabras. Es mi único colaborador fiel. Su casa es mi lugar de trabajo para las actividades no oficiales.

—Para las traiciones —escupió Lidia.

—Dé a mi trabajo el nombre que quiera. Nunca me he tenido por tonto, y hubiese sido el colmo de la estupidez esperar que, a consecuencia del informe que se prepara, me separasen de mi cargo. Tenía entre manos un buen golpe, y decidí aprovecharlo. No me fue difícil convencer a Battes, mediante correspondencia cifrada. Y todo habría salido perfectamente de no haber cometido él la locura de enamorarse de usted.

—Le pidió que ocultase el verdadero mensaje, dando otro falso, ¿no es así?

—En efecto, ahora no tengo inconveniente en decirlo. El mensaje auténtico era valioso, y podíamos encontrar un buen comprador. Dije a Battes que, mientras no le ordenasen salir de Berlín, él podría también vender algunas órdenes confidenciales que se le transmitiesen. Pero se obstinó en no hacerlo. Quería huir a cualquier sitio con el dinero conseguido. Entonces pensé en Margot Fisher. Ella podría substituirle por un tiempo, hasta que en Washington se dieran cuenta de que no era Battes el que estaba en Berlín, sino alguien que hacía uso de su clave secreta.

—Y Rawlins se hubiese dado cuenta, ¿cierto?

Calahan rió silenciosamente.

—Cierto. Habían estado en la guerra juntos, y Rawlins ansiaba verle. Hubiese buscado por Berlín. Y yo no podía prohibirle muy expresamente que lo hiciese, pues de sospechar él algo, esas

palabras se hubiesen vuelto contra mí. Teóricamente, cuando Rawlins llegase a Berlín, Battes tenía que estar muy lejos... con usted.

—¡Conmigo!

Ahora fue Lidia la que rió silenciosamente. Pero en sus labios había un inconfundible rictus de amargura y de miedo.

—Y mató a Rawlins. Lo envenenó. Le había designado Caldwell para aquella misión, ¿no es cierto?

Los ojos de Calahan estaban fijos en la carretera y tenía apretados los labios. No había duda de que estaba rabioso. Pero tal vez por eso mismo quiso demostrar su superioridad a Lidia, dejar bien patente que, por mucho que supiera, nada podía ya contra él.

—Rawlins tenía muchos enemigos, ambos cenábamos juntos siempre, y nadie iba a sospechar de mí.

—Así fue. ¡Magnífico plan el suyo! Pero yo terminé con Battes y todo se viene al suelo. Una mujer idiota y una bala ciega pueden echar por tierra hasta los planes trazados por un supercerebro como el suyo. Es usted un genio, pero no contó con que Battes podía morir... de forma violenta. Y todos sus planes no merecen más que una carcajada. Muerto Battes, se perdía el informe auténtico, se perdía todo... ¿Por qué no fue usted a Berlín a salvar lo que pudiera?

—Es usted curiosa, Lidia. No fui inmediatamente a Berlín porque, al designar a Sheridan, como agente novel a mis órdenes, yo no sabía aún que Battes estaba muerto. Yo sólo quería al novato más estúpido y tímido de los novatos, un hombre que cumpliera estrictamente su misión y volviera a Washington sin preocuparse de más. Sin preocuparse, naturalmente, de buscar a Battes. Luego, al saber que éste había muerto, fue cuando decidí ir yo en persona para salvar lo que pudiera. Pero eso no era normal si antes Sheridan no regresaba fracasado o moría. Por eso ordené a Margot Fisher que se las ingeniara para acabar con él. ¡Ah, y al llamarla a usted a la pensión no disfracé el teléfono! Sabía que lo comprobaría, y no me interesaba que sospechase demasiado. Podía pedir ayuda.

—Muy inteligente —silabeó Lidia—, pero no ha contado con una cosa, Calahan, y es que mi muerte dejará huellas. No ha contado tampoco con que Bruce Sheridan está vivo y a poca distancia de aquí. Es inútil que intente simular un accidente. No será todo tan

perfecto como para...

El automóvil se detuvo en una curva peligrosa, sobre un terraplén. Luck desasíó entonces las manos de la muchacha.

—Las ha hecho sangrar a propósito —dijo Calaban, sujetando una de ellas y mirándola—. Se ha herido con la correa para intentar que queden huellas. Pero el fuego las borrará. Siento que no pueda comprobarlo.

Rápidamente, introdujo el brazo de Lidia entre dos de las barras del volante, torciéndolo con toda su fuerza. La muchacha ahogó un chillido de dolor. Entre tanto, apretaba el acelerador del coche para despeñarlo. Luck quedó fuera.

El «De Soto» hundió su morro en el terraplén y se deslizó por él, sin dar ninguna vuelta. Al llegar al fondo, saltó sobre unas piedras y quedó empotrado en una zanja. Calahan se había dejado llevar por la inercia, mientras sujetaba a la muchacha, buscando recibir unos golpes que sabía no iban a ser demasiado fuertes. Al llegar abajo, sangraba su nariz y tenía las manos arañadas. Lidia, en cambio, se había cubierto el rostro, y sólo sufría un rasguño en el cuello. Sujetándola salvajemente por su hermosa mata de pelo, Calahan le golpeó varias veces la cabeza sobre el volante, hasta dejarla sin sentido. Lidia quedó exánime con los ojos abiertos, y los dedos crispados como si hubiesen querido retener los últimos minutos de su vida.

Luck había descendido a pie, y cuando Calahan salió del automóvil ya aguardaba junto a la portezuela. Ahora ya sólo era preciso incendiar la carrocería, logrando en lo posible las características típicas del accidente. Oyeron pasar un coche sobre sus cabezas, por la curva de la carretera, y se agacharon los dos. Unos segundos después, el sonido del motor ya no se percibía.

—Hemos de darnos prisa, Luck. Puede venir alguien.

Calahan destapó el motor. Las sombras de la noche empezaban a caer sobre el paisaje, y el silencio era absoluto. Luck buscó una gruesa piedra, pues sería preciso machacar algunas piezas. Calahan fue de la opinión de volcar el coche, poniéndolo panza arriba.

La inclinación adquirida después del choque, les ayudaba. Empezaban los dos a forcejear, cuando creyeron oír algo a su espalda. Al principio, fue solo un lejano susurro. Calahan se volvió.

—Hubiese jurado que alguien se movía —dijo.

Ninguna clase de animación era perceptible en derredor suyo. Volvieron ambos a colocar las manos en el parachoques posterior. Entonces el rumor sonó más cercano.

Calahan fue el primero en volverse, mientras se arrojaba al suelo. Luck, con desconcertante rapidez, quiso extraer la pistola de su funda sobaquera, y lo logró sólo a medias. Una bala disparada a quince yardas penetró en su pecho, mordiéndole también el brazo. Calahan, cuerpo a tierra, hizo fuego contra la figura que había aparecido tras ellos, surgiendo de los arbustos. Su disparo obligó a Bruce a arrojarse al suelo también.

Calahan comprendió que debía refugiarse tras el coche. Desde allí podría acabar con la muchacha, y contestar con garantías de éxito al fuego de su enemigo.

Empezó a arrastrarse, y dos balas mordieron la tierra junto a sus ojos, cortando el camino que debía seguir.

—Le tengo acorralado, Calahan —la voz de Bruce era fría y serena—. Entréguese y le prometo llevarle a Washington sin un rasguño. De lo contrario, tiraré a matar. Y no tengo tiempo que perder, Calahan.

Luck hizo fuego dos veces, pero sin levantar el brazo. El insufrible dolor arrancó un gemido de sus cuerdas destrozadas. La sangre empezó a manar incontinentemente de su boca, y dando cara al cielo, quedó tendido con los ojos vidriosos. La mano que mantenía apretada sobre la herida se había vuelto roja.

Aquello desmoralizó a Calahan. Le hizo perder la poca serenidad que conservaba después de la fantasmal aparición de Bruce. Poniéndose en pie, se arrojó contra éste, vaciando el cargador de su pistola. Bruce disparó sobre su cabeza para intimidarle, y al no conseguirlo, se puso en pie también, apuntando a la mano de Calahan. La bala le hizo soltar su arma con un gemido de dolor. Bruce le golpeó con el cañón en la frente, el estómago, la boca. El tubo de acero penetró como un instrumento de tortura bajo la piel de Calahan. Éste gimió, echándose al suelo para recuperar su arma. Bruce cayó sobre él y se vio encañonado por la mano izquierda de Calahan.

Hizo fuego. Disparó al ver cómo la pistola de aquél se alzaba, adelantándose así al fulgurante movimiento de Calahan. La bala penetró en el cuello del espía, perforándole la yugular. Bruce

Sheridan volvió el rostro. No le gustaba ver morir.

Con movimientos rápidos fue hacia el coche, extrayendo de allí a Lidia. La joven seguía sin sentido, y sus facciones estaban desfiguradas por surcos de sangre. Bruce la besó en silencio. La volvió a besar mientras ascendía por el terraplén, con su cuerpo entre sus brazos. Y cuando Lidia recobró el conocimiento, junto a otro volante que era muy distinto al del «De Soto» de Calahan, los labios de Bruce aún seguían posados en sus mejillas, en una palpitante ofrenda protectora.

Bart pateaba el tablero de ajedrez cuando Bruce volvió a su despacho.

—Hacía un año que nadie me ganaba una partida de ajedrez, condenado novato. Y tú lo has conseguido con malas artes, pillándome desprevenido en aquel jaque. Volvamos a repetirlo. Esto no puede quedar así, Bruce.

El joven le puso sus manos sobre los hombros.

—Calma, veterano. ¿Pueden ya interrogarme?

—Te están esperando. Menos mal que tú y el jefe habéis llegado casi simultáneamente. De lo contrario...

—Celebro esta oportunidad de declarar. Voy a tener que contar cosas muy interesantes. Entra tú el maletín, Lidia. ¡Ah, y a propósito! *Miss Wray* tiene una memoria pésima. He preguntado por cuatro o cinco individuos llamados Truck, Puck y Buck, antes de dar con el Jonás Luck que había ido a buscarte. De no ser por el coche de Bart no hubiese llegado a tiempo. ¿No lo oísteis pasar por encima de vuestras cabezas? Calahan no contaba con que yo estuviese libre antes de la noche.

—El coche y la hora de libertad las conseguiste mediante un descuido mío, desgraciado novato. No creas que esto se volvería a repetir.

Bruce, sonriendo, tomó por el brazo a Lidia.

—Estás delirando, Bart. ¿Crees que un desgraciado novato podría resolver un misterio como el de la muerte de Karl Bales? ¿Crees que podría besar a una mujer como Lidia Bolden? Opino que debían ya haberte jubilado, Bart.

Y posó sus labios sobre una mejilla de Lidia. Ésta sonrió.

—Estás equivocado, Bruce. Sólo un novato podía enamorarse fulminantemente de una mujer tan peligrosa como yo. Has caído

como un «novato», Bruce. No tienes remedio.

Y guiñó amigablemente un ojo a Bart, sin dejar de sonreírle. Éste empezó a tararear una marcha triunfal que recordaba desde sus días de niño. Y de repente, aquella canción le pareció vieja, horriblemente vieja. Se dio cuenta de que empezaba a entonarla con un acento triste, y entonces dio al tablero de ajedrez el último puntapié.

FIN



Integrada por veteranos del crimen y la violencia, cien veces peor que fieras sanguinarias, los miembros de aquella banda mantuvieron en jaque a la policía de numerosos Estados... hasta que un agente de la Interpol, la policía internacional, se dispuso a rubricar con su audacia el calificativo de...

HEROES SIN NOMBRE

que se aplica a estos defensores de la Ley en cien tierras distintas. ¡Un relato trepidante y vertiginoso que se desarrolla a ritmo cinematográfico! Un extraño y alucinante mundo, donde el crimen no tiene mayor importancia que el encender o apagar un fósforo...

HEROES SIN NOMBRE

¡La novela en la que cada página y cada capítulo son un impacto directo a la capacidad de resistencia de sus nervios! Una de las mejores obras surgidas de la dinámica pluma del famoso autor

PETER DEBRY

cuyo solo nombre ya es garantía de una lectura apasionante, y que la popularísima

COLECCION SERVICIO SECRETO

publicará en su próximo número. ¡Le recomendamos sinceramente no pierda usted la ocasión de leerla!

CARTELERA de NOVEDADES



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 393 - Corín Tellado
NO DEBO CASARME CONTIGO
- Núm. 394 - Carlos de Santander
DUDE DE TI

APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 233 - Orlando García
SU GRAN ILUSION
- Núm. 234 - Corín Tellado
LA INDECISION DE CRIS

APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

- Núm. 72 - Eva Fernán
DUELO EN TINIEBLAS
- Núm. 73 - Matilde Radón
EXTRAÑA AVENTURA

APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BISOÑTE

- Núm. 334 - Kent Wilson
EL CAZADOR DE HOMBRES
- Núm. 335 - Tex Taylor
YO APUESTO POR EL NOVATO

APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 198 - Silver Kane
EL NOVATO
- Núm. 199 - Peter Debry
HEROES SIN NOMBRE

APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.

Volumen recientemente aparecido



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 289 - M. del Pilar Corre
TU CORAZON ME LLAMA
- Núm. 290 - Ana M.ª García
CON FULGOR DE ESTRELLAS

APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 119 - Sergio Duval
ESCUELA DE BRIBONES
- Núm. 120 - Andre Maure
LA PERLA DEL GHARB

APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION LAUREL

- Núm. 16
PEMÁN
- Núm. 17
MARQUINA

APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BUFALO

- Núm. 32 - Donald Curtis
VIOLENCIA EN EL CIMARRON
- Núm. 33 - Cliff Bradley
EL VALLE SIN LEY

APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION CAMELIA

- Núm. 13 - César de Monterrey
CASI UNA MUJER
- Núm. 14 - Lia Ramos
DELICIOSA

APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.

Volumen de próxima aparición

EDITORIAL  BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PTAS.

PRINTED IN SPAIN

PRECIO EN LA REP. ARGENTINA: \$ 3.50

